UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE COLOMBIA

Tejiendo memorias en el barrio “La Pola”

Laura Andrea Mora Ardila

Universidad Nacional de Colombia
Facultad de Ciencias Humanas, Instituto de Estudios en Comunicación y Cultura – IECO
Bogotá, Colombia
2017

Tejiendo memorias en el barrio “La Pola”

Laura Andrea Mora Ardila

Tesis o trabajo de investigación presentada como requisito parcial para optar al título de:

Magister en Comunicación y Medios

Director:

Ph.D., Germán Muñoz González

Línea de Investigación:

Comunicación y Ciudad

Universidad Nacional de Colombia

Facultad de Ciencias Humanas, Instituto de Estudios en Comunicación y Cultura – IECO

Bogotá, Colombia

2017

Dora,

Que el olvido nunca se adelante al recuerdo.

Hasta siempre.

Agradecimientos

Al Policarpa y sus habitantes, por ser mi hogar.

A mi familia, grande, agradable y fraterna. Gracias por compartir conmigo sus trazos y por dejarme seguir con el relato sus huellas.

A mis papás Mercedes Ardila y José Mora, porque son la esencia de mi pasado y mi presente: mis raíces, recuerdos y puentes.

A Omar Soto, sin ti no hubiera sido posible. Gracias por tu incondicionalidad, por escuchar, por tu apoyo, por ser mi amigo y confidente e impulsarme a darlo todo.

A mi director Germán Muñoz González, por recibirme, leerme, escucharme y orientarme.

A María Juliana Soto, por enseñarme a entender que el sonido es memoria. Gracias por escuchar los recuerdos de mi vida.

A Daniela Ríos Mora por ser el lente que plasma los recuerdos vivos.

A Juan Ca Morales, por su lectura, consejos y sobre todo su amistad.

Resumen

Este trabajo surge de la inquietud que como portadora de memoria generan los cambios, pérdidas y tránsitos de las personas y elementos, es decir todo aquello que hace parte de la 'habitancia' del barrio Policarpa, ubicado en Bogotá. Esta investigación indaga por el presente del barrio y cómo se dan las formas de interactuar con el espacio que son las que construyen memoria del colectivo que lo habita, cómo se encuentra en el pasado un anclaje que va determinando el presente y proyectando el futuro. La investigación les da voz a algunos de los habitantes del barrio quienes a partir de sus recuerdos van mostrando los trazos de la memoria colectiva, la cual se va formando de procesos comunicativos: recuerdos, silencios e incluso olvidos.

Palabras clave: Habitancia, memoria, comunicación, barrio Policarpa.

Abstract

This work arises from the concern that as a memory bearer generates the changes, losses and transits of the people and the elements of the neighborhood Policarpa located in Bogota, all of these as part of our '*habitation*'. In this sense, this research investigates the present of the neighborhood and how the forms of interacting with the space are the ones that build memory of the collective that inhabits it, who find in the past an anchorage that determines they day by day and the future. In this sense, the investigation gives voice to some of the inhabitants of the neighborhood who from their memories showing the strokes of collective memory that is forming by communicative processes of memories, silences and even forgetfulness.

Keywords: Habitation, memory, communication, and Policarpa neighborhood.

Contenido

Pág.

Introducción **1**
Formas de construir-nos conocimientos..... 4
I. Narrar y mapear la 'habitancia'. **17**
Metodología del proyecto..... 17
Mirada(s) sobre historia(s) común(es): Estado del arte..... 20
II. El momento de la memoria. **25**
Nuestro relato: Habito, habitamos … Soy, somos..... 25
Algo mío, algo tuyo, algo nuestro 28
Sus recuerdos: Fragmentos de nuestra vida..... 29
III. Silencios y olvidos **65**
La "incomunicación" o lo que callamos 65
Mi temor al olvido..... 69
¿Y si desaparece el lugar? 74
IV. Conclusiones..... **79**

Lista de fotos

Pág.

Foto 2 - 1**: [Fotografía sin título].** 35
Foto 2 - 2**: “Las calles del Poli hoy”** 38
Foto 2 - 3: **“El parque del Policarpa”** 44
Foto 2 - 4**: "La cuadra"** 46
Foto 2 - 5**: [Fotografía sin título]** 48
Foto 2 - 6**: “Saliendo del Colegio”.** 51
Foto 2 - 7**: "Las paredes del parque"** 52
Foto 2 - 8**: [Fotografía sin título]** 55

Foto 3 - 1**: [Fotografía sin título]** 76
Foto 3 - 2**: "La tercera"** 76

Lista de árboles familiares

Pág.

Árbol Familiar 2 - 1 29
Árbol Familiar 2 - 2 30

Lista de mapas

Pág.

Mapa 2 - 1**. Mercedes** 31
Mapa 2 - 2**. Martha y Daniela** 32
Mapa 2 - 3**. Juan Manuel** 33
Mapa 2 - 4**. Dora** 36
Mapa 2 - 5**. Marina.** 39
Mapa 2 - 6**. Edison** 43
Mapa 2 - 7**. Ana** 54

Introducción

La construcción de ciudades en el caso colombiano, al igual que en muchos países de América Latina, está mediada principalmente por procesos de migración del campo a la ciudad que definen escenarios en los cuales se evidencia la explosión de lo urbano y una separación, aunque no definitiva, de la sociedad tradicional campesina y agraria. En este escenario, de grandes masas urbanas, el barrio adquiere en los años 60[1] una importancia particular como uno de los lugares en el que se imbrican, no sin traumatismos, todas estas nuevas y viejas formas de habitar territorios y construir identidades.

> (…) la conquista de una identidad social y cultural en la ciudad por parte de los emigrantes se fue dando en torno a sus intereses compartidos como constructores y usuarios del espacio urbano: la experiencia de lucha común por conseguir una vivienda y un hábitat, por dotarlos de servicios básicos, así como por construir un espacio simbólico propio, se convirtieron en factores decisivos en la formación de una manera de ser propia como pobladores populares urbanos. (Torres, 1999, p.4).

Es en este proceso de construcción de ciudad donde se ubica la historia del barrio bogotano Policarpa Salavarrieta. Lugar al cual llegó mi familia a mediados de los años 60 buscando vivienda, junto con miles de familias e historias, y en donde crecí entre las calles 1 y 5 y las carreras 10 y 12 Sur, rodeada de historias que podrían parecer leyendas urbanas pero que hacen parte de una forma de hacer y construir territorios.

---

[1] El proceso de construcción de ciudades en Colombia empezó a darse de manera lenta en los años 30, sin embargo, dados los efectos de la época conocida como de “la violencia” se produjo una explosión de la migración del campo a la ciudad hacia los años 60, momento en el cual las ciudades como Bogotá empiezan a crecer de manera acelerada y con poco o ningún control sobre este proceso. (Torres Tovar, 2009, p. 100)

La historia de este barrio se cuenta como un relato de país en el que la ciudad constituye el espacio receptor de grandes migraciones. Es allí, en el barrio, tanto como estructura física como espacio de cultura barrial, donde se anudarán redes forjadoras de nuevas formas de solidaridad (Martín-Barbero, 1998) y se generarán los trazos de una memoria propia del colectivo que lo habita. El barrio se establece como un espacio físico y humano muy dinámico, donde es posible la construcción de otras formas de vivir. En donde, además, la vida es extremadamente local y se generan relaciones personales y familiares muy fuertes que dan como resultado la construcción de "un pequeño mundo" por parte de sus vecinos (Hoggart, 1957, pp. 67 - 68).

Con ese escenario de fondo, el presente trabajo se convierte en una apuesta por comprender, desde los procesos de comunicación y no-comunicación (olvido), la construcción de memoria colectiva en el barrio Policarpa. La memoria colectiva se erige y nutre a partir de las relaciones que sus habitantes encuentran con el pasado y las nuevas experiencias y vivencias que se dan en el territorio. El territorio, a su vez, se habita cotidianamente y se comunica en los trazos del caminar – partiendo de los postulados de Michel De Certeau – siendo, además, un espacio en permanente cambio y evolución que, como lugar de memoria, está sometido a la transitoriedad propia de la vida en la urbe que implica procesos de constante movilidad (Campos y López, 2004, p. 29). Las memorias transitan como los cuerpos en el lugar, se mueven, desplazan y transforman.

Como elemento en permanente transformación, esta investigación tuvo, desde su formulación como proyecto, diferentes cambios. Estas variaciones fueron determinadas por el mismo trabajo de campo y la exploración con los habitantes. Así, el objetivo general, que inicialmente hacía mención a la generación de identidad, cambió haciendo referencia exclusivamente al concepto de construcción de memoria colectiva. Esto debido a que el trabajo indaga por el presente del barrio y cómo se han ido modificando las formas de interactuar con el espacio y la memoria de sus habitantes que encuentran en el pasado un puerto, "un proceso en continua construcción, (…) elemento que dota de sentido la realidad social y participa de los modos en que los sujetos significan y dan sentido al mundo que los rodea" (Manero y Soto, 2005, p. 4).

En segundo lugar, los objetivos específicos, en concordancia con el general, también variaron. Esto dio como resultado una estructura en donde se busca describir las

memorias de los habitantes sobre el territorio, lo cual mantiene como premisa que el documento – resultado de esta investigación – sea un aporte a la memoria colectiva de los habitantes del barrio, una especie de bitácora que permite plasmar los relatos y las historias que emergen en un documento que quede como testimonio para las siguientes generaciones, puesto que, tal y como lo plantea Halbwachs:

> (…) cuando se dispersa en algunos espíritus individuales, perdidos en sociedades nuevas a las que los hechos ya no interesan, porque les son decididamente exteriores, entonces el único medio de salvar tales recuerdos es fijarlos por escrito en una narración ordenada ya que, si las palabras y los pensamientos mueren, los escritos permanecen (Halbwachs, 1968, p. 5).

De otra parte, no busqué identificar continuidades y discontinuidades de los y las habitantes del barrio en sus recuerdos. Más bien, hice un análisis de la relación entre los procesos de comunicación y cómo estos se ven reflejados en la construcción de memoria colectiva dentro del barrio, teniendo como referencia los cambios en las generaciones, las ausencias de referentes y las nuevas dinámicas del territorio, en donde se hace un enlace con esa necesidad de identificar las relaciones entre la memoria y el olvido, entendiendo estos elementos no antagónicos sino complementarios.

En el primer apartado *I. Narrar y mapear la 'habitancia': Metodología del proyecto*; se hace una exposición de la metodología usada para la recolección de información que se basa, fundamentalmente en la realización de entrevistas con familiares y vecinos del barrio y en la consulta del estado del arte alrededor de la historia del Policarpa.

En el segundo momento de esta tesis, denominado: *II. El momento de la memoria*, se empiezan a desglosar los relatos de quienes participaron en las entrevistas y el mío propio, dejando ver cómo se entrelazan desde la 'habitancia' en ese proceso de memoria que se construye en colectivo: los relatos, crónicas y testimonios se transforman en la práctica de un lugar. Los lugares no se entienden sólo como escenarios físicos, sino también como puentes ligados a emociones y sensaciones que, aunque son diferentes para cada persona, siempre encierran algo común en dónde es posible hallar algo que nos pertenece. Así, fue posible encontrar en las memorias individuales una mirada del presente compartido hacia un pasado y puntos en común, confluyendo hacia la existencia de una memoria colectiva (Aravena, 2003, p. 5).

Finalmente, el tercer apartado denominado *III. Silencios y olvido*, aborda la comunicación desde la "incomunicación", desde el silencio y el olvido, haciendo una revisión de los postulados de Paul Ricoeur y Tzvetan Todorov buscando entender este concepto y sus relaciones con la memoria. Lo que no se dice también hace parte de los procesos constructivos del espacio. Aquí también se hace una revisión personal, explorando en mí ese lugar de miedo y de angustia que me generaba el olvido. Para concluir, se relacionan estos dos aspectos con los cambios del territorio.

Formas de construir-nos conocimientos

Esta investigación surge de mi relación directa con el territorio como habitante del barrio Policarpa. Desde niña me acompañaron las historias familiares y las vivencias, las cuadras, calles, esquinas, el parque; es decir, todo lo que me constituye como portadora de memoria de este lugar.

En este trabajo, los relatos de mi familia se cruzan con los de amigos, vecinos y conocidos quienes habitan este mismo lugar, pero de diversas formas, aunque en la práctica podrían parecer las mismas, por lo que encuentran siempre como anclaje el territorio. Así mismo, nace de una lucha interna por recordar, por ir contra el olvido, el Alzhéimer, la muerte y la ausencia de seres queridos.

Enmarcado dentro del campo de la comunicación, este trabajo tiene en cuenta los planteamientos de los estudios culturales que integran este campo de estudio, la cultura como algo inherente a los procesos mismos de construcción y apropiación de las formas de descifrar el mundo. La cultura, en este sentido, no es entendida como una única posible sino como múltiples y diferentes que dialogan entre ellas, en donde es posible resaltar el rol que asumen los nuevos espacios de construcción de subjetividad como, por ejemplo, los sectores y barrios populares y la importancia de las relaciones locales en el marco de la comunicación.

La investigación adelantada se inscribe así dentro de la línea de investigación "Relatos de País" de la Maestría en Comunicación y Medios del Instituto de Estudios en Comunicación y Cultura – IECO de la Universidad Nacional de Colombia. Esta línea, basada en la investigación - creación, propone un abordaje interdisciplinario para trabajar

en torno al problema de las narrativas, tanto en el análisis de las producciones mediáticas como en la línea de construirlas. En ese sentido, pretende poner el foco en la producción y exploración en diferentes lenguajes y formatos, de géneros como el relato, la crónica o los testimonios de vida (Pérgolis, Moreno, Orduz, y Velásquez, 1999).

El enfoque epistemológico que orientó esta investigación fue el conocimiento generado a partir de la construcción de sentido de hechos personales. De ahí que como fuente principal se apela a las biografías, autobiografías – incluida la mía – y, en general, a las historias de vida que rescatan el valor testimonial, la comunicación cara a cara y la vigencia de la transmisión oral en el barrio, al igual que las formas de comunicar de quienes habitamos este espacio. “Contar las propias vivencias y “leer” (en el sentido de “interpretar”) dichos hechos y acciones, a la luz de las historias que los actores narran, se convierte en una perspectiva peculiar de investigación.” (Bolívar y Domingo, 2006, p. 109).

Desde esta perspectiva, este trabajo busca rescatar la oralidad en la historia local, teniendo en cuenta que a través del relato “se logran espacios de significado y recepción vitales e imaginarios (cómo vivieron, qué sintieron, cuáles fueron sus intenciones, sus deseos, en qué creían, por qué pensaron hacer una cosa y terminaron haciendo otra, etcétera)” (Goyes, 2002, p. 88). Lo esencial está en esa mezcla entre lo que sucedió y lo que se imaginó y deseó, que a su vez se vuelve épica y romántica. Estas narraciones no se basan en los hechos precisos sino en los vaivenes de la memoria: “no importa tanto que las personas no recuerden exactamente lo que pasó, sino lo que importa es porqué lo recuerdan de una manera y no de otra, cómo es que la historia afecta a las personas” (Goyes, 2002, p. 78).

Esta forma de construir está relacionada con el reclamo por la validez de otros conocimientos que se alejan del “científico”. En ese sentido, rescata el valor de los saberes populares y de la construcción de caminos alternativos tal y como lo proponen las epistemologías del sur (al respecto es posible rescatar pensadores como Boaventura de Sousa Santos, Sergio de Zubiria y otros), pero también de la co–construcción y el valor de la presencia de las comunidades en los procesos investigativos propuestos desde la investigación acción participativa – IAP. Aunque no son estos los principios

epistemológicos de esta investigación, sí entran a formar parte de las maneras en que hice el abordaje para la construcción de conocimiento.

De otro lado, hizo parte de este proceso el rescate, construcción y reconstrucción de conceptos, algunos de los cuales se componen de otros, a saber: comunicación, barrio (ciudad – territorio), memoria colectiva y 'habitancia', el cual logra recoger a los demás, así como al objetivo de este proceso.

La comunicación puede ser pensada desde muchas posiciones. Como campo multidisciplinar, no remite de manera única al acto de hablar; no puede ser entendida exclusivamente como producción y difusión de información, y en ese sentido, tampoco se limita a aquello que transmiten los medios (televisión, radio, prensa e internet) pues, aunque tiene mucho de esto, a la vez involucra más. Aquí, está involucrado el proceso de construcción de sensaciones, sentidos y realidades que se insertan en las actividades de la vida cotidiana.

De ahí que definir este concepto sea algo complejo. En este caso en particular, se vincula la comunicación con las situaciones cotidianas, hace parte de la construcción permanente de diversos procesos sociales que son propios de la vida en comunidad y de las relaciones interpersonales e intergrupales que desarrollamos en diversos espacios, entre los cuales se encuentra la ciudad y, como parte de ella, el barrio.

A partir de la propuesta desarrollada por Michel De Certeau en su libro: "La invención de lo cotidiano. Artes de hacer", en donde el autor muestra su interés por las prácticas del hombre común, a partir de las cuales evidencia cómo incluso caminar es una de esas formas cotidianas a través de las cuales vamos generando puentes comunicativos. Es desde donde se genera uno de los acercamientos a lo que sería una definición del concepto de comunicación, desde las acciones cotidianas y estas como generadoras de hilos conductores de nuestras formas verbales o no verbales de comunicarnos.

En esta línea, Noel García López, al hacer una reseña acerca del trabajo de Michel De Certeau, muestra que desde los postulados del autor es posible hacer un análisis de la vida cotidiana entendida en el marco de procesos comunicativos permanentes y de las interacciones que los mismos procesos tejen, señalando que "la vida cotidiana toma

textos escritos y construye relatos, lee mapas e imagina recorridos, encuentra lugares y práctica espacios, toma sentidos y abre caminos que reconstruyen el orden dándole un nuevo sentido" (García, 2003). Comunicar está relacionado con el lugar y el espacio que se habita y con las relaciones que en él se establecen.

Desde esta postura, se puede entender que comunicar está inserto en las prácticas cotidianas del "hacer" de tal manera que se vincula con el hecho mismo de habitar: dotar de memoria los lugares, recorrerlos. Comunicar está en la práctica misma de construir territorios, barrios y ciudades. La comunicación es habitar territorios. Es un proceso cotidiano en el que establecemos una mediación con el lugar y la construcción de sentido del que éste ha sido dotado por nosotros y nosotras y por otras y otros de manera permanente y cambiante. La comunicación se fundamenta en la interacción humana y, por ende, se relaciona con la totalidad de nuestra vida y los sentidos que damos a los aspectos que la constituyen.

Así las cosas, la comunicación es a la vez el proceso de enunciación de los territorios y construcción de un diálogo – verbal o no verbal – que posibilita la existencia de los mismos, en el pasado, el ahora y el futuro. Es desde esta perspectiva, donde este concepto se relaciona con la construcción de la memoria colectiva, la cual se "posibilita narrándola, porque de esta forma se transmite y la comunicación posibilita que lo comunicado se traduzca en conocimiento" (Mendoza, 2004, p. 13). Pero, ¿qué es la memoria colectiva?

Dentro de los estudios sobre la memoria es posible encontrar diferentes vertientes. Las discusiones más recientes han estado relacionadas con la necesidad de reconstruir la memoria, particularmente en los sucesos posteriores a eventos traumáticos como las guerras o los conflictos internos. Esto ha derivado en otras discusiones relacionadas con la instrumentalización de la memoria y la limitación de la misma a un hecho concreto y a un suceso – traumático o no – específico: "el recuerdo del pasado no se limita al ámbito estricto de lo políticosocial – la conmemoración de determinados hechos históricos considerados esenciales en la construcción de las identidades nacionales o grupales –" (Mateo, 2003, p. 62); y es en esta crítica desde donde es posible expandir lo que se entiende por memoria, en particular por memoria colectiva, sin desconocer la importancia de las discusiones propuestas recientemente.

Una de las entradas al concepto de memoria, que estaría en concordancia con los debates que se han dado en los recientes años, la expone el trabajo de Elizabeth Jelin en su texto: “Los trabajos de la memoria”. Allí, la autora plantea el tema de la memoria en el contexto de los movimientos posteriores a las dictaduras en los países latinoamericanos del Cono Sur y el rol y las necesidades que tienen las víctimas de los sucesos que se dieron en este contexto sociopolítico específico.

Jelin plantea que “las transiciones habilitan una esfera pública y en ella se pueden incorporar narrativas y relatos hasta entonces contenidos y censurados (…) esta apertura implica un escenario de luchas por el sentido del pasado” (Jelin, 2002, p. 42). La construcción de memorias no solo está orientada a contar ciertos sucesos en la versión de los sujetos que están en el centro del debate y la discusión, sino que también se hace un reclamo permanente por la justicia y además se incluyen otros actores que encuentran un vínculo social con el suceso.

De las disertaciones expuestas por Jelin, rescaté que la memoria se encuentra en permanente construcción por parte de las personas que buscan dar sentido a sus realidades, en el marco de relaciones y tensiones con su pasado, su presente y aquello que quieren – pueden recordar frente a lo que prefieren dejar atrás. La memoria y los procesos que la rodean están pensados desde muchos escenarios; de hecho, lo que nos constituye socialmente encuentra sus lazos en ese entretejido que Jelin introduce haciendo una reflexión en torno a lo colectivo.

Ahora bien, el abordaje que hice de este concepto parte de una perspectiva más dinámica. Como esencia del desarrollo y la vida de las sociedades, grupos y colectivos, la memoria es entendida como elemento vivo, que liga a la sociedad con su pasado haciendo que este no muera del todo (Mateo, 2003, p. 61) sino que se transforme. De tal manera que la memoria se entiende como proceso en permanente construcción, inmerso en un campo de tensiones, donde se construyen diferentes acercamientos a un mismo suceso del presente y del pasado, producto de las relaciones entre diferentes individuos y de estos con distintas instituciones. Se trata entonces de proceso desde el cual “aprendemos ciertas formas de recordar, seleccionar y articular nuestros recuerdos”

(Centro Nacional de Memoria Histórica, 2013, p. 30), con base en nuestras experiencias, sensaciones e intereses.

Cuando hablamos de memoria se relacionan dos planos, el individual y el colectivo, lo que me pertenece y lo que nos pertenece, los cuales no se contraponen, sino que, por el contrario, hacen parte de un mismo conjunto. Las relaciones entre la memoria individual y colectiva son variadas. Sin embargo, estas funcionan como complementos de los individuos y de las sociedades y de sus maneras de entenderse y relacionarse con el entorno en el que se encuentran. De hecho, tal como lo manifiesta Franco, hay un diálogo constante entre estos dos planos:

> Se presenta un diálogo entre memoria individual y colectiva siguiendo dos parámetros: uno, basado en que los recuerdos individuales están asentados en la perspectiva del grupo; y dos, que alude a la afirmación de que la memoria del grupo se realiza y manifiesta, ella misma, en la memoria individual. (…) Nuestros recuerdos están soportados en todos los semejantes y en el gran cuadro social de la memoria. (Franco, 2005)

Desde esta perspectiva, se retoma el trabajo adelantado por Maurice Halbwachs, en particular los planteamientos de su texto: “Los marcos sociales de la memoria”. En este texto el autor plantea que los marcos pueden entenderse como una combinación de recuerdos individuales de miembros de una misma sociedad y que son instrumentos de la memoria colectiva para reconstruir una imagen del pasado. (Halbwachs, 2004).

Para Halbwachs, estos marcos se encuentran asociados también a grupos u organizaciones de la sociedad, por ejemplo: la familia. Los hábitos familiares, las formas de pensar, de expresarse (reír, llorar, hablar) son propios de cada grupo de parentesco y se imponen a los demás miembros de la misma. Estas conductas permiten remitirnos a aquellos recuerdos que son evocados en el entorno familiar – por ejemplo – y representan el espíritu que es propio de este grupo.

> Los recuerdos de familia se desarrollan, a decir verdad, en muchos terrenos diferentes, en las conciencias de los diversos miembros del grupo doméstico: aun cuando están juntos, con mayor razón cuando la vida los mantiene alejados, cada cual se acuerda a su manera del pasado familiar común. (Halbwachs, 2004, p.175)

Cada familia adquiere así algo que le es propio, su espíritu, “sus recuerdos que ella solamente puede conmemorar, y sus secretos que no revela sino a sus miembros. Pero esos recuerdos (…) no consisten en una serie de imágenes del pasado. Son, al mismo tiempo, modelos, ejemplos y enseñanza” (Halbwachs, 2004, p. 181).

En este escenario, la memoria también aparece asociada al lugar en el cual se encuentra o convive el grupo: “el espacio juega un papel primordial, que al permitir al sujeto “situarse” posibilita la relación entre los individuos y su medio; cada aspecto y detalle del lugar, tienen un significado consciente e inconsciente para sus usuarios” (Franco, 2005). En ese sentido, la memoria colectiva encuentra algunas de sus raíces más profundas en zonas y espacios compartidos.

La memoria como proceso social responde a particularidades colectivas que se insertan en el territorio, creando vivencias que, aunque individuales, se apropian en el nivel colectivo. De ahí que todos logramos reconocer como cercano aquello que para otros es ajeno, en un proceso que pasa por distinguir en el espacio algo propio que, aunque no sea dicho, es un “nosotros” explícito o implícito:

> Ese carácter social de las memorias se hace más palpable cuando reconocemos que los seres humanos podemos recordar sin necesariamente compartir en forma explícita nuestros recuerdos con otros y, sin embargo, esos recuerdos por más íntimos que sean, responden a experiencias que se inscriben en marcos interpretativos que les conceden un sentido. Esos marcos interpretativos no son del orden individual, sino que responden a procesos colectivos e institucionales (Stern, 2005 en Centro Nacional de Memoria Histórica, 2013, p. 30).

A partir de una revisión de las propuestas de Halbwachs y Desroche, Ricardo Manero y Maricela Soto, en el texto: “Memoria colectiva y procesos sociales”, plantean que la memoria se entiende como constructora de la realidad social que participa en los modos de construcción de la subjetividad. El pasado aparece como un proceso en continua construcción, elemento que otorga sentido a la realidad social y participa de los modos en que los sujetos significan y dan sentido al mundo (Manero y Soto, 2005, p. 173).

La memoria, toma de la comunicación una estructura narrativa – o, en otras palabras, la memoria es también comunicación. Esta se construye sobre la base de narraciones que “constituyen formas de discursos y modos de organizar experiencias, por ejemplo, las

pasadas, que son culturalmente dotadas de significado" (Mendoza, 2004, p.1), aunque no siempre estas narraciones son orales, sino que se basan en múltiples prácticas aceptadas y conocidas: caminar, observar, estar y habitar un espacio. Todos estos, generan sucesos que, aislados para unos, construyen sentido para otros. No solo uno, sino múltiples: "La realidad de un grupo, persona o colectividad no se restringe a un evento, hay diversos, y estos devienen hilo de continuidad que tratan de darle coherencia al pasado convirtiéndose en una memoria" (Mendoza, 2004, p. 5).

En estos procesos narrativos, que a la vez se pueden entender como constructores y de-constructores, se genera un proceso de mediación relacionado con la memoria colectiva que se vincula con personas, hechos y variables que van determinando los recuerdos que como grupo adquirimos.

> Las personas que ocupan un lugar de reconocimiento en sus comunidades y las instituciones se constituyen en mediadores que transforman una multitud de eventos en memorias colectivas. Esta transformación se opera mediante la construcción y divulgación de marcos interpretativos por medio de los cuales los grupos seleccionan lo que amerita ser recordado, compartido y honrado y lo distinguen de lo que debe ser callado, censurado u olvidado en los ámbitos público o colectivo. (Centro Nacional de Memoria Histórica, 2013, p. 31).

La memoria colectiva encuentra su base en el sentido del que está dotada; es decir, la historia de un determinado grupo social puede solo ser significativa para los miembros que lo componen, como sucede con los cuentos alrededor de un personaje familiar que solo logramos entender si se conocen los hechos, se vivieron o fueron transmitidos a los miembros de la familia o si se conoce a la persona. Esta memoria se alimenta de un entorno social compartido.

> La memoria colectiva, como lo enunciaban Halbwachs y Blondel es un proceso social de reconstrucción de un pasado vivido y/o significado por un grupo o sociedad, que se contiene en marcos sociales, como el tiempo y el espacio, y como el lenguaje, pero también se sostiene por significados, y éstos se encuentran en la cultura. (Mendoza, 2004, p.3).

Y tanto comunicación como memoria van encontrando en el territorio y en los lugares un espacio en el cual se relacionan, entrelazan y encuentran, en tanto la construcción de lugares no apela exclusivamente a su infraestructura: las paredes, ladrillos, cemento y pintura. De otro lado, están las memorias y los relatos alrededor de las historias

cotidianas, que son las que hacen que estos territorios dejen de ser cemento y sean habitables. En la esencia misma del lugar, se encuentran las personas que lo recorren y las vivencias que lo crean, así como las prácticas comunicativas a su alrededor que no son solo hechos cotidianos, sino aquellos elementos que se quedan, permanecen y encuentran un espacio en la memoria colectiva y que merecen ser recordados y reconocidos.

De esta manera, aparece como lugar relevante para este proceso de investigación el barrio, en particular aquel de origen popular, que como ya se enunciaba al principio de esta introducción, en América Latina – y para el caso de Colombia – representan uno de los determinantes en la configuración urbana. El barrio se convierte en sujeto de producción de sentido y en escenario conformado por nuevos actores sociales que se entienden ahora como ciudadanos.

Las diferentes formas de habitar la ciudad darán origen a múltiples procesos de apropiación y significación del territorio que comienza a ser construido desde procesos colectivos, algunos de los cuales nacen en la ilegalidad. En este escenario es posible entender la comunicación como un "espacio de interpelación donde participan los receptores y en donde se hacen explícitos los modos de apropiación y réplica de las clases populares y las resistencias manifiestas en los movimientos sociales" (Martín-Barbero, 1998, p. 295); es decir, estas personas entran a establecer diálogos con los referentes establecidos social y culturalmente cambiando las formas de comprender la ciudad en sus acciones cotidianas.

Es en la construcción de barrios de origen popular, en donde se teje gran parte de la historia de Bogotá, mediada por la narración y la lectura que se hace de la misma desde la perspectiva del uso del espacio. Estos barrios, son escenarios en donde la intimidad se extiende más allá de las paredes del hogar y la vecindad se convierte en familiaridad, "tanto las expresiones familiares como las de vecindad pasan por la cuadra, la esquina y los lugares de servicio (…)" (Quintero, 2009) mezclando lo público y lo privado.

Una definición de barrio podría ser: un espacio determinado por límites geográficos y ubicación espacial – que en el caso de Bogotá está también determinada por la pertenencia a una localidad, entre otras características –, que por su dinámica particular

(generada por la interacción de los individuos que allí residen) construye una identidad propia generando prácticas comunitarias y concepciones acerca del espacio (Ortiz, 1990). Sin embargo, este acercamiento se queda corto, pues en términos de memoria, las fronteras geográficas del barrio se desdibujan creando una mezcla de lugares que están relacionados con ese sitio en particular.

El barrio, que en muchos casos es el producto de migraciones rurales, empieza a desdibujar fronteras y construye nuevas formas de apropiación de la ciudad y de los territorios, así como lo enuncia Franco:

> (…) De un lado ya no hay diferencias nítidas entre lo rural y lo urbano: la migración hacia las ciudades no solo llevó lo campesino a la ciudad, sino que llevó lo moderno al campo. Y de otro, una localidad o el barrio brindan un espacio relativamente estable, creado por una red de relaciones de vecindad, familia extendida y prácticas emparentadas con el origen rural de sus fundadores. (Franco, 2005)

Sin embargo, aun cuando haya procesos de construcción de barrios que son similares, por las características propias del contexto en el cual surgen, por ejemplo. Como marco social el barrio, más que un espacio físico, es presencia de actores que están llenos de sensaciones ligadas a sus pasados, presentes y anhelos de futuros. Es un escenario donde se crean prácticas que son únicas y propias, atravesadas por las huellas que dejan nuestros recorridos.

El barrio amplía así su definición de espacio geográfico delimitado para ser entendido como un ámbito de transformaciones, de construcción de nuevas formas de sociabilidad, de apropiaciones simbólicas del espacio, de tejido de memoria colectiva y de conformación de identidades.

> (…) los barrios, más que una fracción o división física o administrativa de las ciudades, son una formación histórica y cultural que los construye; más que un espacio de residencia, consumo y reproducción de fuerza de trabajo, son un escenario de sociabilidad y de experiencias asociativas y de lucha de gran significación para comprender a los sectores populares citadinos. En fin, los barrios populares son una síntesis de la forma específica como sus habitantes, al construir su hábitat, se apropian, decantan, recrean y contribuyen a construir, estructura, cultura y políticas urbanas (Torres, 1999, p. 7).

El barrio es entonces “ese trozo de ciudad que atraviesa un límite que distingue el espacio privado del espacio público: es lo que resulta de un andar, de la sucesión de pasos sobre una calle (…)” (De Certeau, Giard y Mayol, 1999). Es ese lugar donde las familias se extienden más allá de sus apellidos para pasar a establecer relaciones con los vecinos – amigos (o entendido de mejor manera nuevas familias), y donde las prácticas cotidianas de las personas se insertan en prácticas barriales: la tienda, la esquina, la cuadra, el parque, las fiestas, los olores y las sensaciones a cada paso.

> Luego, el barrio es el espacio de una relación con el otro como ser social, que exige un tratamiento especial. Salir de casa de uno, caminar en la calle, es para empezar el planteamiento de un acto cultural, no arbitrario: inscribe al habitante en una red de signos sociales cuya existencia es anterior a él (vecindad, configuración de lugares, etcétera) (De Certeau, Giard y Mayol, 1999).

El barrio, como marco social de la memoria, introduce a sus habitantes en unas dinámicas que le son propias, unas formas de habitar el espacio y de entender las relaciones de interlocución que se dan con él y con los y las demás habitantes. Esto no significa que se reviva el pasado tal como sucedió o que no se modifiquen las prácticas, sino que todo el tiempo estas son cambiantes de acuerdo con el acercamiento al territorio y cómo se habita y se construye comunicativa y colectivamente. De ahí que los marcos sociales de la memoria hacen parte de este proceso, que como lo menciona Mendoza, son:

> Esquemas, que son delineados por instituciones, costumbres y grupos que dictan cómo hay que presentar los eventos pasados, es decir, cómo hay que narrarlos y en tanto relatos éstos dan forma a las realidades que crean y eso opera para las experiencias pasadas que el grupo guarda (Mendoza, 2004, p.1)

Después de hacer un recorrido por los conceptos de comunicación, memoria colectiva, barrio y de buscar re-construirlos, es posible encontrar que todos confluyen en la acción de habitar, por lo que surge como concepto unificador ‘la habitancia’, que tiene en cuenta la construcción de memoria en un espacio – barrio – a partir de narrativas de los pobladores que lo componen – comunicación –. Es precisamente este el eje central de esta tesis, luego de sus idas, venidas y abandonos.

Este concepto ha sido trabajado desde diferentes perspectivas, pero siempre relacionadas con la práctica misma de vivir y estar en un espacio (hacer y ser presencia).

En el desarrollo de esta investigación encontré un texto que, en armonía con el objetivo que aquí me propuse, desarrolla el concepto de ‘habitancia’, comprendida como:

> (…) el gestor de espacio común, como praxis de la convivencia para la comunicación, para el diálogo y la creatividad, (que) abre lugar a nuevas disposiciones de lugares y tiempos siempre susceptibles de ser gestados y transformados en otros, porque el espacio no está dado ni configurado de una vez y para siempre, sino que se concreta en movimientos, tiempos y materialidades constantes donde los sujetos, los cuerpos y las relaciones entre ellos, y con todo lo demás, crean su propia forma, su propia materialidad no siempre física o visible, pero sí real porque el espacio de humanidad se sucede, es en su vida y se manifiesta cada instante de su conformación. (Gómez, 2014, p. 31)

La ‘habitancia’ es vivencia de un espacio y a la vez comunicación como acción cotidiana – caminar, correr, estar en – y, en consecuencia, está relacionada con las formas de construcción de memoria colectiva. Retomando a Heidegger y las disertaciones presentadas en su texto “Construir, habitar, pensar”, la construcción de lugares como el barrio está relacionada con habitar, “ser y habitar son etimológicamente el mismo verbo y que habitar quiere decir estar sobre la tierra como mortal y también cercar y cuidar (…)” (Heidegger citado en Gómez, Ramírez y Peláez, 1985). En este sentido, la ‘habitancia’ del barrio se vincula con la generación de afectos, dotación de sentidos, generación de acciones de transformación del espacio.

La praxis de habitar y la del habitante que es la ‘habitancia’ (Gómez, 2014), se vincula con la enunciación de los espacios en las acciones de la cotidianidad y es un arte en el que nos vamos de-construyendo en el espacio y construyendo entre todas y todos dentro del barrio. En este sentido, “La ‘habitancia’ como praxis estética y formativa del espacio propone la creación del ser en su conocimiento material y espiritual, gestar lugar del entre-nos, del nosotros, es una labor que se vale de todas las formas espirituales del conocimiento humano” (Gómez, 2014, p. 34).

I. Narrar y mapear la ‘habitancia’.

Metodología del proyecto

Ahora bien, ¿cómo hacer para entender en un lugar específico este proceso de ‘habitancia’, entendida como comunicación y memoria en interacción con el barrio? El vehículo de esta investigación fue el relato, ese testimonio propio o ajeno donde encuentran las comunidades la posibilidad de extender sus prácticas cotidianas reinventadas en el cambio generacional (y en otros espacios y escenarios de nuestra vida), en la llegada de nuevas personas al barrio y en las formas diferenciadas de entender y acercarse al territorio.

> El testimonio es una huella, el relato de que algo sucedió, existió (Ricoeur, 2000) (...) La memoria se desprende de este testimonio, de esta experiencia, de este relato vivo, como ocurre exactamente con las memorias colectivas de los grupos: se alimentan de lo vivido, de las personas que en ellas han participado o significado. (...) En más de un caso, narración y oralidad confluyen para reconstruir experiencias pasadas, y así reordenan el proceso social de una colectividad. Y eso es justamente lo que da vigencia a anteriores prácticas, saberes y procederes (Mendoza 2004, pp. 7 - 8).

En concordancia con el enfoque epistemológico, el campo metodológico en el cual se insertó esta investigación se encuentra relacionado con el conocimiento que se genera a partir de las narraciones de diferentes sujetos. De tal manera, la principal herramienta de investigación fue la entrevista, fundamentalmente abierta, que tenía como intención conocer las experiencias, sensaciones y recuerdos de algunos habitantes del Policarpa. Igualmente, se hizo una revisión de textos y relatos levantados por otras investigaciones y documentos no académicos, como artículos de revistas, periódicos y blogs de Internet, que dieron como resultado el estado del arte alrededor de este barrio.

Este proceso buscó generar conocimiento del barrio a través de diversas experiencias: las vivencias de las personas entrevistadas, sus sentimientos, sensaciones y encuentros con su pasado en el presente. Son por lo tanto el cuerpo mismo de la investigación, rescatando lo común en la memoria del Policarpa a partir de prácticas comunicativas y buscando “integrar saberes diferentes, métodos diversos que nos acercan de mejor manera a la complejidad real que tiene la sociedad” (Bolívar, 2002). Esta se constituye en una forma de generar un conocimiento nuevo y diverso.

> (…) el modo narrativo es cualitativamente diferente al centrarse en los sentimientos, vivencias y acciones dependientes de contextos específicos. Este conocimiento narrativo es también otra forma legítima de construir conocimiento, que no debe ser recluido al ámbito de las expresiones emotivas (…) (Bolívar, 2002).

El ejercicio se tradujo en el desarrollo de once entrevistas con veintitrés personas diferentes, dentro de las cuales estaban en su mayoría parientes cercanos – tías, tíos, abuelas y abuelos, primos y primas – y vecinos del barrio. Tres entrevistas fueron grupales y ocho individuales, estas se desarrollaron en diferentes momentos en el transcurso de ocho meses y tuvieron como finalidad identificar las conexiones entre los recuerdos de los y las entrevistadas con el territorio.

Algunas de las entrevistas estuvieron acompañadas por el mapeo, como herramienta metodológica propuesta por los Iconoclasistas de la altura de Pablo Ares y Julia Risler, quienes combinan el arte gráfico, el desarrollo de talleres creativos y la investigación colectiva con la producción de recursos de libre circulación, apropiación y uso, para potenciar la comunicación, tejer redes de solidaridad y afinidad e impulsar prácticas colaborativas de resistencia y transformación (Ares y Risler, 2012, p 12).

De esta herramienta metodológica se retomó especialmente el uso y la importancia de los mapas como representaciones de los relatos y, para el caso de esta investigación, sirvió como puerta de entrada al relato de los habitantes del Policarpa. En ese sentido, se realizaron de manera individual ocho mapas. El hilo conductor fue la relación de quienes los construyeron con el barrio, a través de la exploración de sus recuerdos, sus conocimientos y los sentimientos que se despiertan por el territorio y que desde la experiencia se insertan en la memoria colectiva.

Para complementar esta exploración por la memoria colectiva del barrio y encontrar en el territorio los lugares identificados por las personas y por mí misma, se hizo un recorrido visual capturando fotográficamente cómo lucen hoy los lugares descritos por los habitantes. De igual manera, se rescataron fotografías de álbumes familiares que dan cuenta del proceso, el cambio y la transformación, pero también de las huellas que permanecen.

El análisis de la información recolectada parte de las singularidades de los relatos. Si bien el propósito era encontrar esos procesos comunes en donde la comunicación cotidiana empieza a integrar prácticas que transforman hechos determinados en memoria colectiva, también se entiende que al trabajar con individuos son muchas las posibilidades de entender un mismo proceso y, en este sentido, es imposible la generalización.

De igual manera, el análisis requiere que se desarrollen un conjunto de ideas que permitan asociar, bien sea de manera temporal o temáticamente, los elementos que se encuentran en la entrevista "(…) dando una respuesta comprensiva de por qué sucedió algo. Los datos pueden proceder de muy diversas fuentes, pero el asunto es que sean integrados e interpretados en una intriga narrativa" (Bolívar, 2002).

Una vez recolectadas las entrevistas, para organizar la información hice una transcripción que permitió hacer una primera lectura de las mismas como un solo cuerpo. Allí me fue posible identificar aspectos comunes que podrían agruparse y que daban cuenta de huellas y de trazos del pasado que se constituyen en entradas de la memoria colectiva. Estas asociaciones fueron identificadas por colores de tal manera que fuera más sencilla su relectura, a partir de la cual se creaba una oportunidad de ir hilando ideas alrededor de puntos de conexión: parque (lugar), protesta (situación), Carmenza (persona).

Para el desarrollo de esta investigación se usaron diferentes fuentes de información, dentro de las cuales se encuentran textos académicos, artículos de opinión, documentos biográficos y autobiográficos, además de archivos audiovisuales (la mayoría de los cuales se encuentran disponibles en Internet). Todas estas fuentes narran, de una u otra manera, la historia del barrio, sus orígenes en la invasión y la lucha que presentaron sus habitantes en el momento de la conformación del mismo.

Se encontraron también textos elaborados por los mismos habitantes del barrio y otros desarrollados por investigadores externos que se han interesado por los hechos que le dieron origen, los cuales abarcan diferentes perspectivas como el rol que tuvieron las mujeres, la forma en que se dio la organización comunitaria, la evolución del territorio hasta su legalización, entre otros.

Mirada(s) sobre historia(s) común(es): Estado del arte

Este barrio fue labrado por sus habitantes desde cero, tanto en la edificación de sus casas como en la generación de normas comunitarias. Fue un escenario de luchas entre quienes tomaron posesión del lugar y las autoridades que buscaban detener la invasión. Pero también fue un espacio de construcción de lazos de solidaridad y familiaridad entre sus vecinos y colaboradores, en donde se evidencia con claridad:

> [La] tendencia comunalista (de) ¨actualización de prácticas campesinas ante nuevas circunstancias¨ (que) se vivió con mayor intensidad en la primera fase de los barrios populares capitalinos, más aún cuando se trataba de invasiones organizadas de terrenos o de asentamientos enfrentados a situaciones críticas como intentos de desalojo o catástrofes naturales. (Torres, 1999, p. 4)

La orientación político administrativa del Policarpa, estuvo dada por la Central Nacional Provivienda – CENAPROV, organización que había acompañado otros procesos similares en ciudades como Cali (Salas, 1998, p. 20) y que, aún en la actualidad, hace parte del Partido Comunista Colombiano. Las directrices para la organización del espacio y las personas que ocuparían el mismo, estaban articuladas por esta Central y aunque hubo cambios posteriores, siempre se estableció la necesidad de que los nuevos habitantes se adaptaran a las reglas construidas por la comunidad:

> Cada noche empezó a llegar una familia, unas de la organización, otras no, pero que eran acogidas siempre que aceptaran nuestra orientación. (…) Era necesario que un miembro de la Directiva de la Central Nacional Provivienda estuviera dirigiendo la ocupación ordenadamente con el fin de evitar la anarquía, los negociadores y abusos de inescrupulosos que pudieran aparecer para sacarle plata a la gente aprovechando su necesidad. (Salas, 1998, p 20).

Junto con la CENAPROV y el Partido Comunista Colombiano, estaba la Juventud Comunista – JUCO, organización juvenil que hace parte de la estructura de este partido y

que aún en la actualidad funciona bajo una determinada estructura dada por el mismo movimiento. En ese sentido, la JUCO era

> (…) motor de todas las actividades juveniles y un apoyo muy importante en todas las tareas del barrio, en la solidaridad con los sindicatos en sus huelgas, en el apoyo a otras invasiones y cuando había la necesidad en la pelea. Los muchachos y muchachas más entusiastas se vinculaban a la JUCO, se formaban políticamente, hacían parte de las comisiones del barrio, de la directiva y de la dirección política a diferentes niveles.
>
> La importancia de estas organizaciones es que amplían la perspectiva de la lucha de la estrechez de lo local, a lo regional, nacional y mundial, ve uno mejor por qué está luchando, que hay de común en la lucha de uno con las necesidades de otros y con la lucha de los otros. (Oviedo, 2012, p 76).

Así las cosas, el barrio Policarpa es un escenario en donde se generan, a la par, fuertes lazos de solidaridad y luchas constantes. El ejemplo más claro de esto es lo que se conoce como el "Viernes Santo Sangriento", suceso que se dio el 8 de abril de 1966 cuando los residentes del barrio estaban organizando la invasión de un terreno cercano a los ocupados hasta ese momento. La acción iba a ser llevada a cabo por cerca de 200 familias que, junto con los habitantes ya posesionados, participaron del proceso de ocupación del territorio. Sin embargo, la policía dio la orden de desalojo del terreno lo cual desencadenó un enfrentamiento que al final obligó a la policía a retirarse. Después de este día quedó constituido el barrio en el territorio y no fue posible su desalojo (Oviedo, 2012, p. 81).

Este suceso, aparece relatado en diferentes fuentes, como el artículo de Daniel Salgar "Las luchas del Policarpa" (2011), que cuenta el hecho a partir de las experiencias de diferentes habitantes del barrio:

> En los primeros cinco años de invasión llegaron más familias y hubo numerosos enfrentamientos con las autoridades. "Lo más impactante era la valentía de las mujeres que, machete en mano, gritaban a los policías: "¡Vamos a ver cuántos somos y cuántos quedamos! Ellas defendieron como leonas a sus hijos y viviendas. También había niños de ocho años lanzando piedras", recuerda El Maestro Calarcá.
>
> El 8 de abril de 1966, conocido en el barrio como el 'Viernes Santo sangriento', se desató la inolvidable lucha que puso a prueba la fuerza del pueblo unido. Ese día otros desplazados realizaron una invasión masiva y, cuenta la historia, la Policía arremetió a sangre y fuego contra los invasores. "Nos solidarizamos con

> las familias que llegaron ese día, hicimos ollas comunales, les ayudamos a levantar sus casas y a luchar contra la Policía”, asegura Mercedes.
>
> Hubo centenares de heridos y un muerto, las casas quedaron destruidas, pero la gente permaneció unida y no se fue del terreno. Así se consolidó la ocupación y el Policarpa entró en una fase de progreso. (Salgar, 2011).

Así mismo, el artículo titulado “En un lugar de Policarpa donde cayeron los santos” (2013), publicado en línea en el Blog “Crónicas de la Calle”, recoge el relato de una de las habitantes sobre los orígenes del barrio y, en particular, del 8 de abril.

> Ya para el año de 1962, la comunidad del barrio Policarpa y el Alcalde Mayor de este tiempo, Jorge Gaitán Cortés, llegaron a un acuerdo. La Administración les permitía a los habitantes del Policarpa, continuar subsistiendo en estos terrenos, si estos se comprometían a no extender la invasión más allá del río Fucha y de la calle Cuarta Sur.
>
> El acuerdo fue sellado y durante cinco años esto se cumplió. Sin embargo, después de un desalojo realizado en el sector de lo que hoy es el barrio “San Carlos”, donde un centenar de familias quedaron en la mísera calle. Los vecinos del Policarpa acudieron a su ayuda recibiéndolos en la casa cultural que habían logrado construir. Después de muchos intentos de conseguirles un lugar para vivir a estas familias con distintas entidades oficiales, y al no obtener respuesta, el ocho de abril de 1966 viernes santo, el Policarpa entero decide tomarse los terrenos al otro lado del Fucha.
>
> El Policarpa entero estaba preparado desde tempranas horas de la mañana, sabían que una reprimenda de la policía se podía dar en cualquier momento. Sin embargo, contaban con la premisa de pensar “es viernes santo” es pecado disparar o golpear en este día. Pues ni para el alcalde, ni para la fuerza pública esto importó en lo absoluto. Y así, desde los ojos y el testimonio de Mercedes Corredor y Luis Alberto Cortés, regresaremos a ese Viernes Sangriento, que aún retumba entre la sangre de quienes lo presenciaron.
>
> Sobre la calle 4 sur se habían ubicado una serie de santos para proteger la entrada al barrio, mientras todos se concentraban en el centro del mismo, atrincherados por si cualquier cosa.
>
> La policía arribó al barrio en horas de la mañana, tumbando las figuras de los santos ubicados sobre las calles 3 y 4 sur, entrando por la carrera décima e iniciando los enfrentamientos, los cuales duraron todo el día sin dar tregua a descanso alguno. Ellos tenían armas, los policarpos piedras, ellos tenían bolillos, los policarpos resistencia, pero las balas pueden más que las piedras y los heridos iban cayendo sobre los pastizales que los vecinos intentaban proteger. Los heridos eran llevados al hospital de la Hortúa y luego de ser atendidos, eran arrestados por la policía. Así que la decisión de los médicos del hospital fue saltar las paredes y las bardas, para unirse a los policarpos y atender a los heridos desde allí.

> Poco a poco el cansancio iba agotando a los vecinos del barrio, los alzados en resistencia iban mermando sus fuerzas, hasta que, a eso de las tres de la tarde, la resistencia del barrio estaba a punto de caer, y en el momento en que al parecer ya no daban más, apareció el frente del Movimiento Obrero a unirse a la resistencia, junto a un centenar de estudiantes de la Universidad Nacional, y con esto, la resistencia logró salir avante y conservar el barrio. Ya en la noche, llevando su cadáver en hombros, los vecinos velaban por las calles del barrio al vecino Luis Alberto Vega, el gran caído del viernes sangriento, cuyos restos desfilaron por las calles del barrio, entre lágrimas y fuerza, como se despiden a los caídos en combate. (2013)

Como parte de las investigaciones alrededor de la historia del barrio y algunos de sus habitantes, se identifican trabajos como, el de María Elvira Naranjo Botero (2011) titulado "Cincuenta años del Barrio Policarpa Salavarrieta", donde recopila las entrevistas realizadas a diferentes mujeres que tienen en común el hecho de haber participado en la fundación del barrio. Ellas narran sus experiencias bien desde sus procesos de migración del campo a la ciudad o desde su llegada al Policarpa luego de haber vivido en otros barrios de la ciudad, así como el rol que desempeñaron en la invasión, construcción y proceso de legalización.

Se debe también citar como narrativa que hace parte del estado del arte sobre el barrio la cartilla "El movimiento de los destechados en Colombia" (1983), de la Central Nacional Provivienda, que refiere el proceso que había tenido el barrio y su significado en la lucha por la vivienda en el contexto en el cual se encontraba el país.

Otras publicaciones relevantes sobre el tema de la configuración inicial del barrio son: "El barrio Policarpa Salavarrieta: Donde las mujeres defienden a los hombres" de Otty Patiño (2011); "50 años del Policarpa" de Federico Zapata (2011); "El Policarpa. Amanecía un Barrio" de Sandra Upegui (2011); y, la tesis de Ismael Ortiz "Historia y cultura popular: Estudio del barrio Policarpa." (1990).

II. El momento de la memoria.

Nuestro relato: Habito, habitamos … Soy, somos

Crecer en este territorio en los noventas es muy distinto de haberlo hecho en los años sesenta, un momento en que las ciudades se estaban transformando y junto con ellas la población. Igual, o incluso aún más diferente, es estar hoy en el Policarpa cuando ya tenemos redes de alcantarillado, luz, gas y otros servicios básicos. En la actualidad es un territorio lleno de locales comerciales, familias nuevas, comerciantes y clientes; donde ya no se hace vigilancia en las noches; donde no se preparan los tropeles para defender el territorio; y, donde ya no funcionan las comisiones de trabajo organizativo. Sin embargo, es un lugar en donde se respira un espíritu diferente que, aunque renovado, tiene sus raíces.

'La habitancia', esa práctica y acción que todos hacemos del y sobre el espacio, nos involucra de manera permanente con las huellas del pasado y con la memoria como "templanza" ya que "viene a situar cada cosa en su lugar, nos refiere a un origen y [nos] permite proyectar un futuro." (Subsecretaría de Previsión Social, 2010 citado en Contreras, 2015). En mi caso particular, fui encontrando un camino que hizo que me interesara por este lugar, no solo por ser mi espacio, mi origen, sino por esas historias de héroes y heroínas que fui conociendo al crecer.

Es el barrio Policarpa, cielito, cuna de revolución,
es el barrio Policarpa, cielito, cuna de revolución.
Porque siendo proletario, cielito tiene conciencia y valor,
porque siendo proletario, cielito tiene conciencia y valor.
(...)
No pudo con los misiles, cielito, el Gobierno de León
pudieron nuestras gentes, cielito, porque tenían la razón.
(...)
Nosotros los proletarios, cielito, pedimos revolución.
La explotación de los Yankees, cielito, salga de nuestra Nación.

(...)
Por eso todos gritamos, cielito, viva la Revolución.

Así es como recuerdo, el himno del Policarpa o más claro aún, así es como recuerdo que mi abuela lo cantaba. Y me gusta pensar que desde este cántico puedo empezar a encontrar un origen, no solo mío, sino también de mi familia y del territorio habitado que hace parte de ellos. Este proyecto empezó por los relatos, por conocer, volver a escuchar, analizar y cuestionarme los recuerdos de quienes están en el barrio y los propios míos.

¿Por qué los relatos?, cuando introduje la metodología por la que había optado en esta tesis, hice una descripción sobre la importancia del uso de este recurso, pues desde allí se explora en las historias, en los recuerdos, en la memoria de quienes están en el territorio, y no hay otra forma de hablar del Policarpa. Ahora bien, ¿qué buscamos en los relatos, en los recuerdos, en las calles del barrio, en los espacios habitados y en los que me habitan?; como bien lo resalta Michel De Certeau, el viaje empieza en este punto en donde la memoria es comunicada.

> Todo relato es un viaje, una práctica del espacio. Por esta razón, tiene importancia para las prácticas cotidianas; forma parte de éstas, desde el abecedario de la indicación espacial (“a la derecha”, “dé vuelta a la izquierda”), comienza un relato cuyos pasos escriben la continuación, hasta las “noticias” de cada día (“¿Adivina a quién encontré en la panadería?”), el “noticiario” televisado (“Teherán: Jomeini cada vez más aislado…”), las leyendas (las Cenicientas en las chozas) y las historias contadas (recuerdos y novelas de países extranjeros o de pasados más o menos remotos). Estas aventuras narradas, que de una sola vez producen geografías de acciones y derivan hacia los lugares comunes de un orden, no constituyen solamente un “suplemento” de las enunciaciones peatonales y las retóricas caminantes. No se limitan a desplazarlas y trasladarlas al campo del lenguaje. En realidad, organizan los andares. Hacen el viaje, antes o al mismo tiempo que los pies lo ejecutan. (De Certeau, 1996, p. 128).

A partir del relato, lo que fui encontrando es que el mismo estaba determinado por una variedad, por diversas formas de describir, sentir y vivir el barrio; es decir, por múltiples formas de ‘habitancia’ que, desde la memoria y la comunicación – entendida desde el mismo habitar, cobran sentido en lo común porque “sus memorias son múltiples y diversas sin que ello impida la existencia de una memoria colectiva” (Aravena, 2003, p.

89). El trasfondo de los relatos, me permitió también un empezar viaje desde y hacia mí misma, buscando desentrañar mi ´habitancia': praxis – memoria y comunicación.

Nací en 1990 y crecí en Bogotá, más exactamente en este barrio, el Policarpa Salavarrieta. Lo primero que recuerdo cuando pienso en mi historia allí es que lo habitual, cuando era pequeña, era jugar en la cuadra cerrada de la carrera doce con otros niños del barrio y con mis primos y primas. Juegos como yermis, ponchados y una especie de béisbol improvisado con palos de escoba y la pelota que fuera. También era común estar en los torneos de "banquitas" en esa misma cuadra (creo que para mí el barrio se redujo durante años a esa cuadra), en donde mi familia y los vecinos jugaban divididos por categorías (hombres y mujeres) en un ejercicio lúdico que solía terminar con un equipo ganador y muchas casas con vidrios rotos. Algo que también se hacía en este espacio era pintar los andenes, decorar las calles y prepararnos en conjunto para las festividades de fin de año.

El colegio del barrio se llama Jaime Pardo Leal[2]. Para ese momento era un colegio público pequeño en el que estudiaban casi todos los niños y niñas de mi generación y, aunque, ninguno de mis primos o primas estudió ahí, en conjunto lo conocíamos muy bien porque era parte del espacio físico del barrio. La relevancia del centro escolar era tal, que de hecho hay casas que están dentro del colegio, como era el caso de una tía cuyo patio era compartido con el colegio.

De pequeña nunca llegué a preguntarme por el origen del barrio, o por qué su nombre, el nombre del colegio, o quiénes eran mis vecinos y por qué vivían ahí. Me parecía normal la estructura física del barrio, la forma en que las personas caminaban por sus calles y no por el andén, las inundaciones cuando llovía y la pólvora en las celebraciones.

Toda la historia sobre el barrio la empecé a conocer por los cuentos que me compartían mis abuelas. Sobre todo, mi abuela materna quien me fue contando sobre la vida de mi

[2] Jaime Pardo Leal, abogado de profesión, fue un líder político de izquierda y candidato presidencial de la Unión Patriótica quien fue asesinado el 11 de octubre de 1987. Por sus posturas de izquierda, cercanas a las posiciones políticas de los fundadores del barrio, el Colegio fue nombrado de esta manera en su honor.

tía quien estudió en la Unión Soviética, dada su activa participación en la Juventud Comunista – JUCO del Barrio, y que volvió y murió demasiado joven a causa de una enfermedad. Si bien a ella no la conocí físicamente, sí es una protagonista importante en mi memoria por el relato de quienes se encargaron de mantener vivo su recuerdo.

Gracias a esta historia, supe que la pavimentación de la calle tercera se había inaugurado con su funeral, y que le habían mandado una corona de flores gigante con el martillo y la hoz en el medio de parte del Partido Comunista Colombiano y de la JUCO. Luego empecé a entender que, aunque pareciera en mi mente “normal” que las personas construyeran sus propias casas y calles, esto era la excepción y no la regla, y que este barrio era diferente.

Algo mío, algo tuyo, algo nuestro

Con los relatos de mi familia y de mis vecinos hallé bastantes concordancias, situaciones que, aunque no vivimos juntos, estaban ahí como si todos y todas hubiéramos estado en el mismo lugar, con las mismas personas, en los mismos sucesos. Por supuesto, también encontré puntos lejanos que, aunque para mí no eran determinantes, sí eran parte de un conjunto de encuentros de quienes han hecho barrio habitándolo. Todo, en conjunto, construye un relato colectivo, comunicado y comunicable en los marcos de la memoria.

De Certeau describe el recuerdo como el “príncipe azul que va de paso, que despierta, un momento, a las Bellas Durmientes del bosque de nuestras historias sin palabras” (1996, p. 121) y justo a ese lugar buscaron llegar las once conversaciones que tuve y las exploraciones que hice a través de mapas construidos por quienes hablaron conmigo y con quienes emprendí el viaje y las fotos del espacio que registré. Detrás de todo aparecieron las formas de habitar el barrio: me encontré con fragmentos de historias, pedazos de sueños, anhelos, metas cumplidas o frustradas, nostalgias y alegrías.

Todo este conjunto de diferencias da cuenta de un relato conectado con la forma de practicar el espacio, atravesado por unas formas de comunicación que en este se desarrollan. También dan cuenta de unas formas de memoria colectiva que se expresaron, para este caso, desde la oralidad “lenguaje dinámico orientado y organizado de acuerdo a las normas, patrones, valores y conductas del pensamiento de una

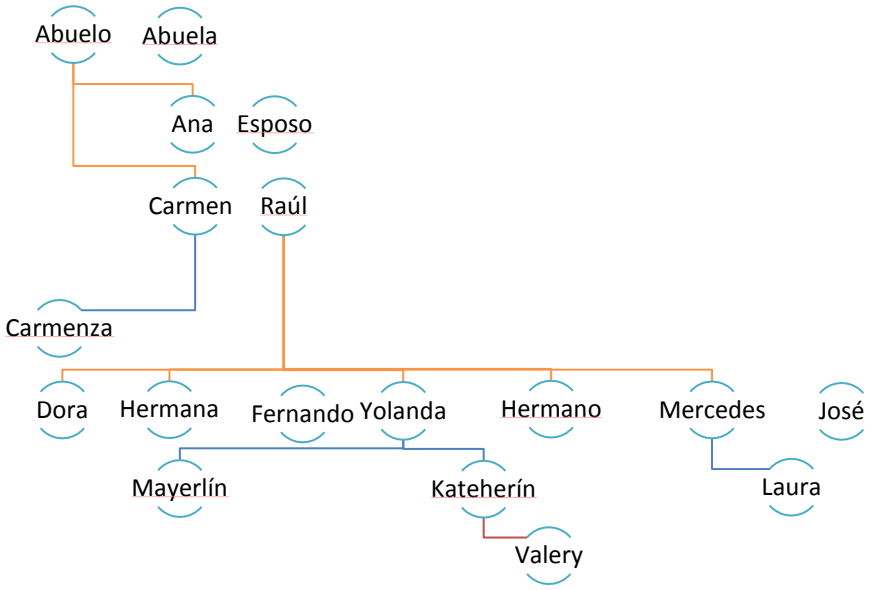
comunidad" (Motta González: 3 en Oslender, 2005, p. 75), pero también en trazos e imágenes.

Los encuentros con cada una de las personas con quienes hablé fueron únicos transportándome del relato a los mismos lugares y hechos narrados, como si unos conjuntos de mapas se sobrepusieran dando por resultado un único barrio. Es difícil para mí ignorar el impacto que cada relato tuvo. En algunos casos porque a los pocos meses algunas personas ya habían muerto, y, en otros, porque lo escuchado, como expresión de una memoria viva, me llenó, reconstruyó, interpeló e, incluso, me transformó.

Sus recuerdos: Fragmentos de nuestra vida

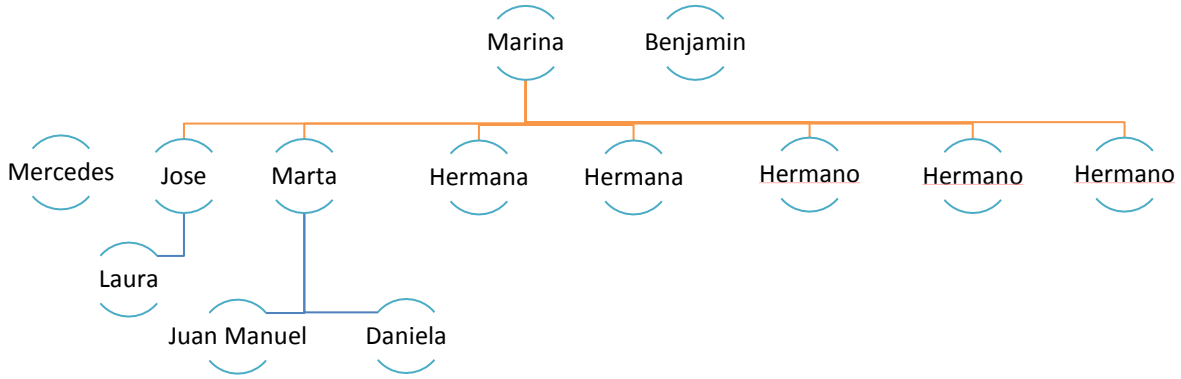
Antes de entrar en los relatos de quienes me acompañaron en la realización de esta tesis, para orientar la lectura construí unos árboles familiares que pueden ser útiles para entender las relaciones que se dan entre algunos de ellos y ellas. En estos solo están los nombres de quienes participaron en las entrevistas y son familiares; se quedan de lado los que son amigos y vecinos, que en el marco del relato irán apareciendo.

Árbol Familiar 2 - 1



Mora, L (2017). Bogotá, Colombia

Árbol Familiar 2 - 2

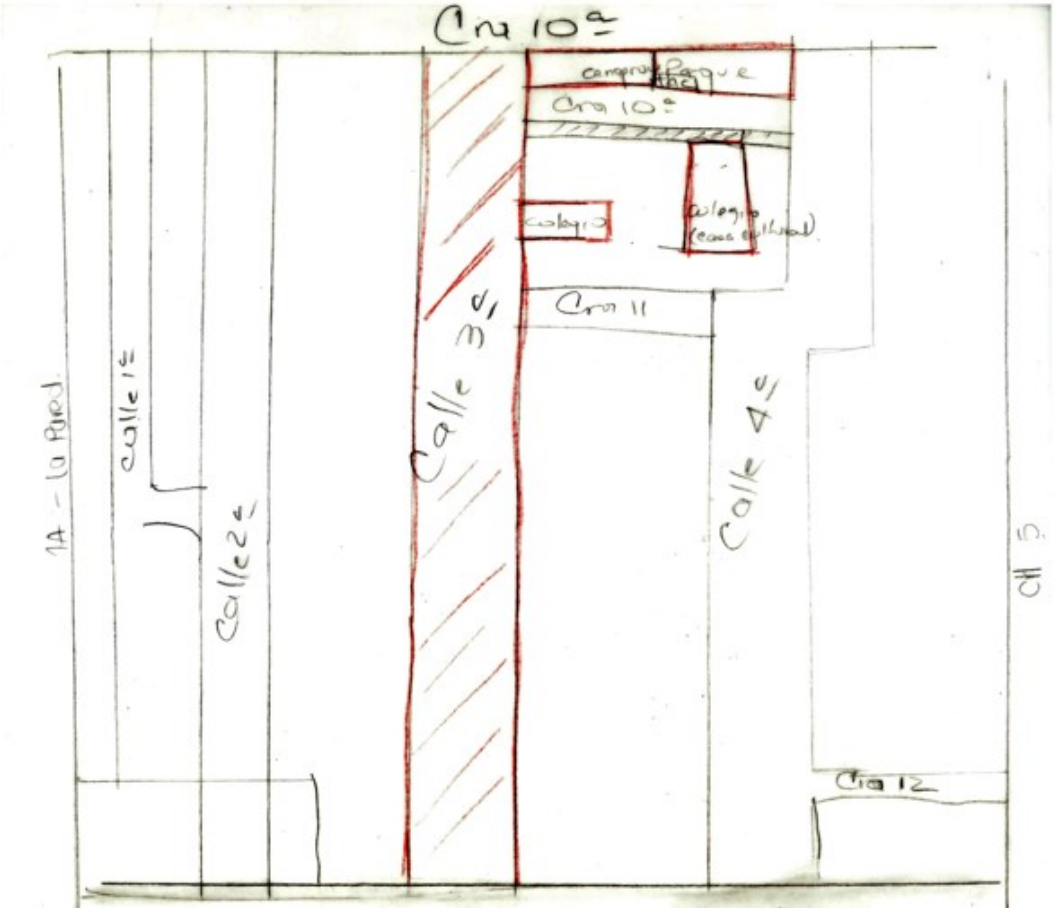


Mora, L (2017). Bogotá, Colombia

Mercedes llegó junto con su familia por primera vez al barrio Policarpa[3] en el año 68. Vivieron ahí durante casi dos años para luego irse a vivir al barrio Tunjuelito (ubicado en el sur de la ciudad) y volvieron casi diez años después en el 77; permaneció en el barrio hasta el 2005. En este barrio conoció a su esposo (proveniente de la región cafetera), vivió su adolescencia, vio morir varios de sus familiares más cercanos y tuvo su primera casa. Del Policarpa recuerda sobre todo a su hermana Carmenza, que murió cuando ella tenía 17 años “*Mercedes: Cuando pienso en el barrio, pienso en mi hermana porque ella vivía allá, y porque yo andaba con ella. Cuando ella murió se inauguró la calle 3 que estaba recién pavimentada*”. Pero también recuerda la vida con sus otros cuatro hermanos, con su abuela homónima y sus abuelos, tías y tíos, primos y primas, sobrinas y sobrino. Ella se sentó a hacer esta entrevista junto con su cuñada Martha y los hijos de ella Juan Manuel y Daniela.

[3] El barrio Policarpa Salavarrieta está ubicado en la localidad 15 Antonio Nariño de Bogotá, entre las Calles 1 A y 3 Sur y las Carreras 10 y 12 Sur. Si bien son varias las calles y carreras, la mayoría de los que participaron en las entrevistas resaltan como principales: la calle tercera y la cuarta.

Mapa 2 - 1**. Mercedes**



Mercedes (2015), Mapa barrio Policarpa. Bogotá, Colombia

Por su lado, Martha llegó al Policarpa siendo apenas una niña de la mano de sus padres y dos hermanos menores provenientes de Montenegro, Quindío. Luego su familia se agrandó y terminaron siendo siete hermanos quienes han estado en el barrio en un ir y venir. En ese trasegar, Martha vivió en Barranquilla, en el norte de Bogotá y ahora está aquí de nuevo junto con su hija Daniela y, en ocasiones, con su hijo mayor Juan Manuel.

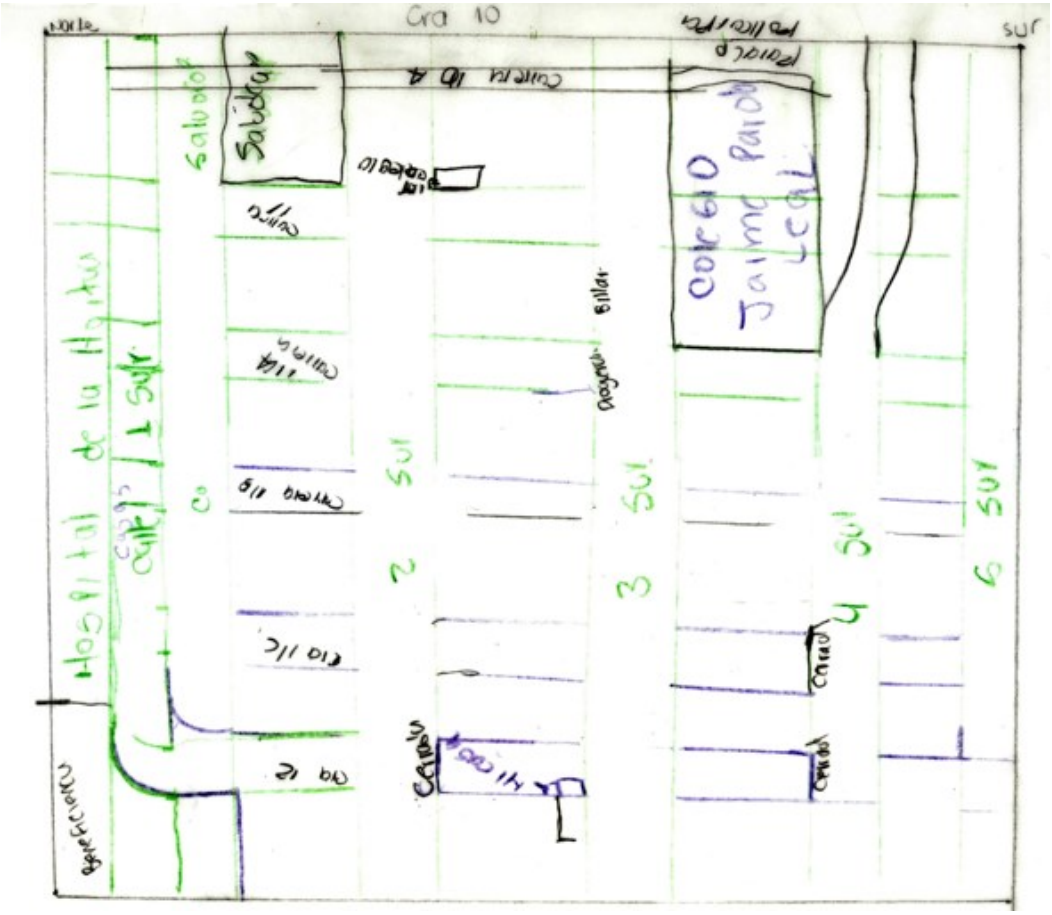
Daniela, la hija de Martha, ha hecho el mismo recorrido que su mamá, salvo que ella nació en Bogotá y conoció un Policarpa muy distinto, puesto nació en la época de los 90. Lo que más le gusta es la calle 4 donde consigue todo lo que necesita. Quiere al barrio y le gusta su historia, la cual ha recalcado en diferentes trabajos como estudiante de cine y televisión, algunas de sus fotos están expuestas en esta tesis; de hecho, ella fue una parte muy importante del desarrollo de este proceso.

Mapa 2 - 2**. Martha y Daniela**

Martha, Daniela (2015). Mapa barrio Policarpa. Bogotá, Colombia

Juan Manuel, hijo mayor de Martha, siempre estuvo en el Policarpa, también con idas y venidas. Estuvo viviendo en Estados Unidos por algunos años y volvió a trabajar con textiles “el negocio de la familia”. Actualmente ya no vive ahí. De él aprendí desde niña una historia que me encantaba: fue el toque de queda que hubo cuando asesinaron al líder la Unión Patriótica Jaime Pardo Leal. Juan Manuel estaba en su Colegio, que aún hoy está ubicado en un barrio cercano, y les dijeron a él y a sus compañeros que todos los del Policarpa tenían que irse para su casa; en el barrio se fue la luz y lo único que se escuchaba eran las botas al caminar. Creo que esa historia la hice tan mía, que yo misma al escribir siento la vibración de las botas contra el suelo en la oscuridad.

Mapa 2 - 3**. Juan Manuel**



Juan Manuel (2015). Mapa barrio Policarpa. Bogotá, Colombia

Para ellos cuatro las historias y vivencias, como en todos los demás, se separan y se encuentran en puntos particulares que se hacen evidentes dibujando sus mapas. En la sala de mi casa la conversación variaba entre las risas, las correcciones de unos hacia otros, las canciones y lo que aparece varias veces cuando se evoca aquello que está profundamente escondido en un rincón de la memoria.

Lo primero que aparece en estos relatos son la fiesta en los espacios comunes y lo popular, que es una característica que hace de este un barrio especial. La toma de los espacios públicos como lugares de encuentro hace parte del recuerdo vivo del barrio que solo hasta que se entrelazan las historias parece que ese recuerdo deja de ser

insignificante y le da sentido a este lugar. Así lo expresan Mercedes y Martha en un diálogo en el que no necesariamente se responden la una a la otra:

> “*Martha: Lo más chévere era cuando las fiestas, cuando se celebraba que la comisión sexta*[4]*, que la comisión cuarta, las fiestas en las casetas, a mí me escogieron para ser reina y mis papás no me dejaron.*
>
> *- Mercedes: Mi tía si fue reina de la comisión sexta*
>
> *- Martha: Estaría por allá en un cuadro Lucia Primera (risas) así era antes Marta Primera o Cecilia Primera, ella fue una de las reinas de la comisión sexta, pero sí me acuerdo cuando en las casetas y nos dejaban bailar y yo bailaba besitos del corazón (risas) besitos de amor te doy (...)*
>
> *- Mercedes: Es que ahí se armaban unas, o sea las calles las cerraban, la calle es cerrada, pero en la esquina ponían una caseta grandotota hecha en madera y todo*
>
> *- Martha: Yo me apunté una vez a una rifa, hacían rifas y todo en las fiestas, me apunté una vez a una rifa con el número 6 y la rifa era como 6 pares de baletas (risas) y me las gané yo (risas) con el número 6 y el 6 siempre me ha gustado a mí.”* (Junio 2015).

Para ellas dos además está en su memoria algo que aprendieron de su familia y que les tocó vivir, la lucha inicial que dio origen al Policarpa, que no solo pasa por disturbios o enfrentamientos con la fuerza pública, sino que también tiene que ver con las formas de adaptarse al espacio y encontrar las maneras de practicarlo desde la supervivencia:

> “*Martha: A las 3 de la mañana nos tocaba con baldes a coger el agua y después también las garrafas de gasolina, esos garrafones*
>
> *Mercedes: Si, hasta la Primera con Dieciocho nos tocaba ir y cargue. Es que como nosotros al principio no vivimos ahí, mi abuelita era la que vivía ahí, yo lo del agua no lo viví porque yo no vivía ahí, pero lo de la gasolina si porque mi abuelita pobrecita pues tocaba ir a ayudarle a cargar, ella me decía “ay no mija toca ir a cargar la gasolina” entonces yo le decía “abuelita pues si quiere dígame*

[4] Las comisiones en el Policarpa se constituyeron como una forma de organizar el barrio, por manzanas o cuadras, se hizo pensando en las necesidades de apoyo en los trabajos de vigilancia y otros, pero también sirvieron para las celebraciones, como los reinados. Por eso, serán un recuerdo permanente en una generación completa, como se evidencia en otros relatos.

cómo es y yo voy" entonces yo me iba con mi hermano y cargábamos en un palo.

Martha: En un palo sí, y el agua también, era atravesar los baldes llenos de agua y eso llegaba uno todo mojado, la mitad del agua por la calle eso era terrible las calles sin pavimentar

Mercedes: Yo me acuerdo que las calles eran en barro y que la gente salía y eso era un barrial impresionante entonces salían con sus zapaticos limpios en las manos y se cambiaban ya más adelante" (Junio, 2015).

Foto 2 - 1**: [Fotografía sin título].**

(N/D). Barrio Policarpa, Bogotá, Colombia. Recuperada del grupo de Facebook: Policarpa Histórico II. En esta fotografía se pueden ver los tradicionales desfiles de las comisiones del barrio, descritas por algunos de los que participaron en las entrevistas.

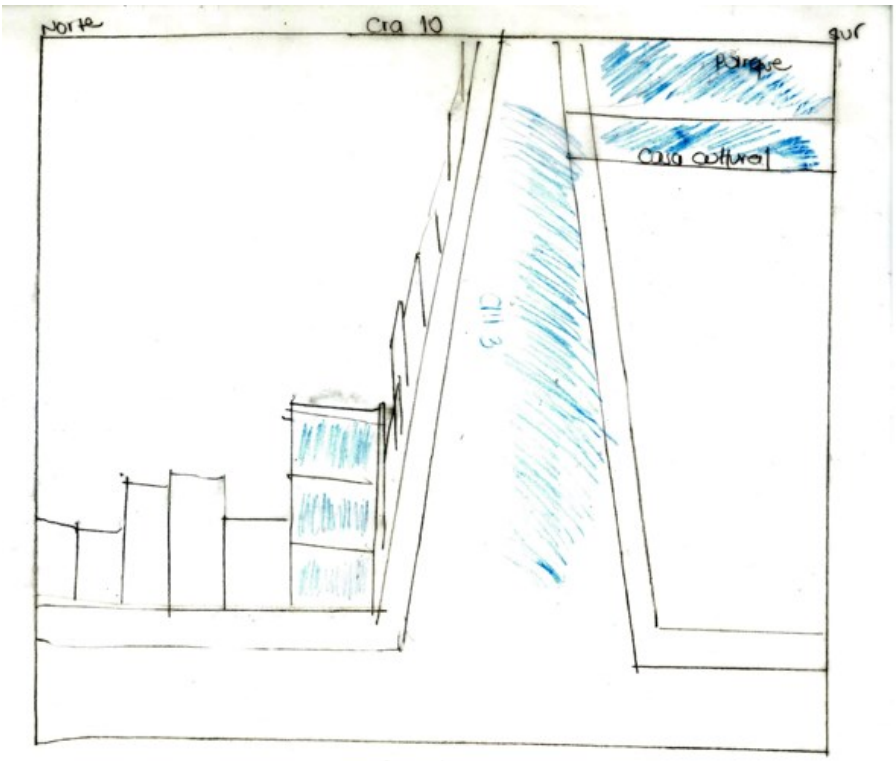
Durante el desarrollo de esta investigación, me encontré con el relato de mi tía Dora en una coincidencia, que la vida quiso que se diera. Aunque ella no era el objetivo de mi entrevista, Dora tomó el lugar de mi abuela cuando ésta no recordó algunos hechos – o no quiso hacerlo, y empezó a hablarme de ella y a dibujar su barrio. Esta

mujer era la hermana de Carmenza, Mercedes y Yolanda, hija de Raúl y Carmen y amiga de muchos otros. Vivió en el Policarpa en los mismos momentos que su familia. Fue estilista, trabajó en confección de ropa, madre de dos hijos y tía de muchos otros. Del barrio se llevó en el espíritu las fiestas y las enseñanzas de Carmencita. Murió el 29 de febrero de 2016, luego de cerca de 5 años de una enfermedad que se le llevó la salud, pero nunca la vida.

Para ella, estos encuentros en la calle de los que ya hablaban Mercedes y Martha también fueron muy relevantes. Y es que estos escenarios son muestra de la continuación de costumbres que se crearon con la fundación del “Poli”[5], que, como espacio de invasión, generó como práctica cotidiana la toma de los espacios públicos y la construcción y renovación permanente de las formas de solidaridad necesarias para mantenerlo y defenderlo. Este lugar, toma forma a partir de la transgresión del espacio público y la conversión del mismo en espacios familiares, que se unían colectivamente en las necesidades y en las angustias, pero también en los triunfos. Así, el barrio generó formas propias de habitar el espacio, buscando consolidar un cuerpo sólido y unido que hiciera resistencia en virtud de un proyecto compartido.

Mapa 2 - 4**. Dora**

[5] Las abreviaciones alrededor del nombre de este barrio son variadas, sin embargo “poli”, “el pola” son las más usadas en las descripciones aquí expuestas.



Dora (2015). Mapa barrio Policarpa. Bogotá, Colombia

> "*Dora: Me acuerdo cuando hacíamos esas fiestas que celebrábamos en las comisiones, la comisión de nosotros se llamaba sexta. Hacían también campeonatos de microfútbol, nosotras éramos las porristas y ganaban, la Comisión Sexta ganó; la comisión, eran todos los de la cuadra eso era toda la familia, las Mora, sus tías, los Jaramillo, los Polo, los Parra – Henry, cierto –, los Hoyos, cual otro por ahí, ya hay hartos que no están ahí, ah los Casas, estos chinos de, ¿cómo es el apellido de esa señora gordita? la que tiene la casa al pie de don Benjamín, los hijos de ella: los Cruz, eso era; los Quiceno, con ellos también hicimos locuras (risas) sí eso era muy chévere y hacíamos bailes, eso habían casetas por todo lado.*" (Julio, 2015)

A partir de ahí, entran en sus relatos las formas de apropiarse del barrio, desde la casa donde convivieron (o en algunos casos aún conviven) con sus familias hasta las calles y carreras que componen el barrio,

> “*Dora: Lo primero fue cuando vivíamos en esa casita de paroi*[6] *que se nos inundaba, y que ahí solo eran las casa así todas de paroi, así era desordenado, no tenía orden los lotes, todo era lleno de… haga de cuenta las chocitas, de las 12 chozas que hicieron cuando fundaron Bogotá (risas) y que, y ya a los 12 años volvimos al Policarpa [hacia el año 1977], ya estaba construida la casa de mis abuelitos, pero sin embargo molestaba la policía todavía (…) hoy en día como solo hay edificio por ahí*.” (Julio, 2015)

Foto 2 - 2**: “Las calles del Poli hoy”**

Ríos D, (2016). Barrio Policarpa, Bogotá, Colombia

Otra de las entrevistas la hice con Marina, mujer de 80 años con quien hablé mientras tomábamos café con leche y arepa con queso (típicas de su región de origen que es el Quindío, una de las regiones cafeteras colombianas), me dibujó su mapa y me narró, entre risas, muchas cosas de su llegada al barrio. Su mayor énfasis estuvo en ese hecho, aunque tiene en cuenta esos fragmentos que los demás resaltan y que pareciera que se hubieran transmitido telepáticamente. Llegó al barrio porque su comadre, a quien conoció en una invasión que fracasó en el barrio Country Sur[7], le insistió en que se fuera para allá, luego de que el lote de al lado fuera pedido a la señora a quien le había correspondido, por mal comportamiento. Ella lo relata así:

---

[6] Las casas en el Policarpa se hicieron de diferentes materiales que conseguían las personas que llegaban a este territorio. Los principales fueron palos y tela asfáltica (o paroi, como lo mencionan en este relato), progresivamente se hicieron construcciones más estables con ladrillo y cemento.
[7] El barrio Country Sur fundado en 1962, está ubicado en el suroriente de Bogotá, en la localidad Rafael Uribe Uribe.

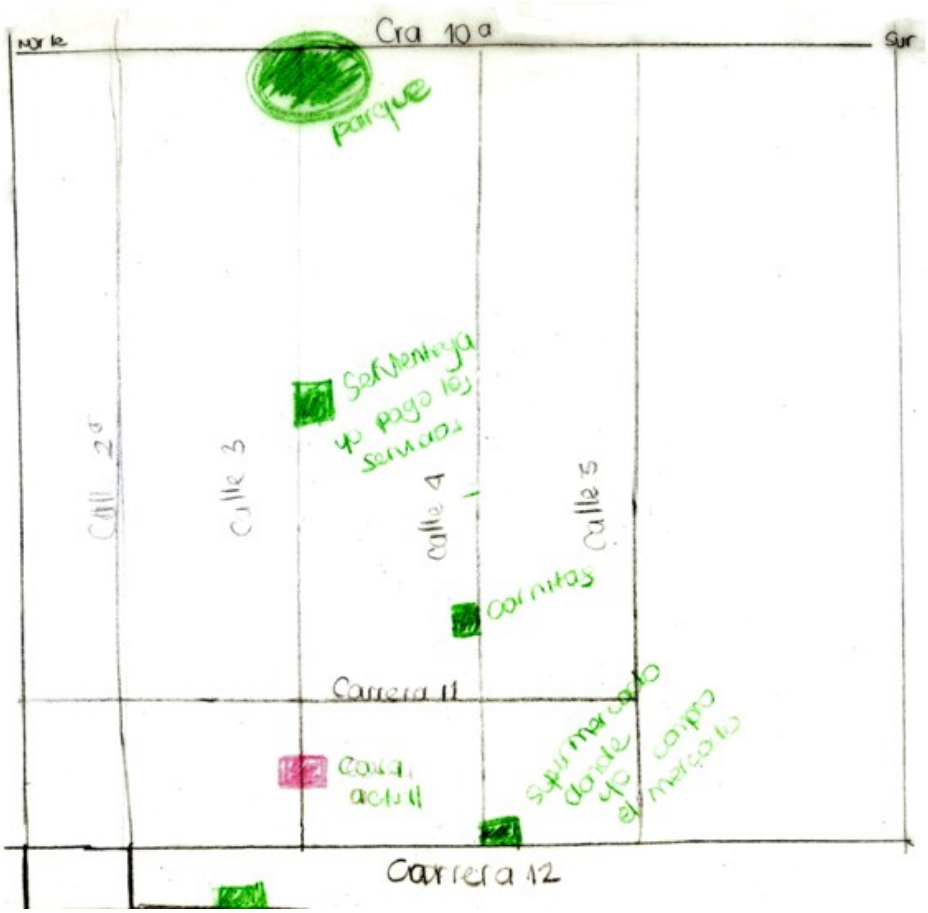
> "*Marina: [E]ntonces mi comadre, ellos habían estado en el Country Sur, pero ellos si se alojaron aquí en la Casa Cultural del Policarpa, entonces ellos sí estuvieron ahí para cuando fue ya el 8 de abril, lo que se llama la invasión del 8 de abril. Entonces ella ¡ay comadre porque no!, a ver si ustedes vienen a pedir permiso, vienen a comprar que mire que eso lo están dando muy barato, lo están dando en 2000 pesos y eso es muy barato comadre y figúrese eso después ese barrio lo adelantan, pues ya se pasó lo peor que fue lo del 8 de abril y ya los que estamos acá posesionados pues ya es difícil que nos saquen porque ya estamos posesionados*". (Octubre, 2015)

Así fue como llegó con algunos de sus hijos poco después del 8 de abril (denominado por algunos como Viernes Santo sangriento). A pesar de que su esposo se negaba por la mala experiencia que habían tenido, con 2000 pesos que les prestó la comadre compraron la caseta[8]:

> "*Marina: ¡ay yo me acuerdo! llegamos con todo y pues una en un rancho de tela asfáltica en redondo y lo único que había era un bombillito – había ya la luz porque eso sí se lo tomaron mejor dicho a la brava desde que invadieron el barrio – y no era más lo que había y nosotros llegamos con el trasteo. ¡Padre bendito de la gloria!, y nosotros a descargar el trasteo ahí sobre el pastal, pero así lo hicimos y llegamos y yo armé la cama y la mesita para poner la estufa así encima. Más despuesito ya habíamos avanzado un poquito, ya habíamos hecho la casetica, ya íbamos un poquito mejor, se hizo la casetica atrás, se hizo otro cuartito con la cocina, ya no teníamos que cocinar en la misma pieza.*
>
> *Era yo me acuerdo, era una puertita así para la calle bien bonita, era parecida a una casita campesina y así entraba uno y por este lado tenía la puertita, otra puertita la salida y así se hizo la cocina ahí a este ladito y así fue la parte de allá era como un corredorcito por donde uno entraba, la gente decía ¡ay! tan linda esa casita, parece una casita por allá como de campo tan linda que se ve y como la pintamos bien de verde así abajo y arriba de blanco y afuera se hizo una cerca de alambre para que la gente no se metiera, yo ya después madrugaba y llenaba agua y cargábamos una caneca y ahí bregaba a lavar ahí en la casa y así empezamos*". (Octubre, 2015)

Mapa 2 - 5**. Marina.**

[8] Este es uno de los nombres que se les dio a las construcciones iniciales del barrio, que como mencioné antes, eran ellos con tela y palos para sostenerla.



Marina (2015). Mapa barrio Policarpa. Bogotá, Colombia

El esposo de Marina tendría mucho que ver en un cambio radical en el barrio y un aspecto que ya otros relatarán como bueno o como malo: la entrada de las telas al barrio y ese cambio en las formas de lucha. El Policarpa no solo sería el barrio revolucionario, sino que es el barrio de las telas, algo que sigue más vivo hoy que el carácter revolucionario de un principio.

> “*Marina: Ya veíamos que la cosa estaba como buena, fuimos adelantando, el barrio fue cogiendo más fuercita, la gente se fue acomodando mejor, no había tanto peligro; se trató también de poner las luces de la calle y entonces la vigilancia ya no era tan seguida, ya no era tan duro; por ejemplo, no eran todas las noches, sino que de pronto nos tocaba una tercera noche, una cuarta noche, más livianito. Y el agua pues ya se fue arreglando porque ya se fueron haciendo. Benjamín [su esposo] era sin pereza, él me decía “yo si no me da pereza a mí si me dicen vea lléveme estas gallinas allá me las lleva que yo le pago así que me caguen hasta la cara, pero si me pagan yo las llevo”, él me decía así “si me paga yo las llevo porque el todo es uno tener la plata para darle de comer a los hijos”. Se empezó con eso así con eso con la franela para calzoncillos y todo y*

> *detrás de eso él se fue haciendo a más fábricas y así ya se fue aumentando el negocio de los textiles y ya fue cuando arrendamos allá donde la señora Conchita ese depósito ya traía más hartico retal y así fuimos empezando hasta que gracias al Señor pues eso fue lo que nos paró, eso y los jamones que hacíamos*" (octubre, 2015).

Por otro lado, Camilo y Sol esposos que llegaron de Ibagué hace cerca de 17 años buscando oportunidades económicas y escogieron este lugar porque aquí vivía una hermana, me contaron su percepción del barrio. Su permanencia en el barrio encuentra sentido por este referente de la industria textil, presente en otros relatos.

> "*Camilo: llegamos como empleados, llegamos desde Ibagué a este sector, a mirar qué se podía hacer mejor y en este momento trabajo es independiente, no trabajo como empleado [el barrio] tiene como referencia también lo que es aquí la venta de textilería es una referencia muy importante para el sector para el barrio*." (diciembre, 2015).

Como en otros relatos, es el aspecto comercial lo que más recuerdan y tienen presente del barrio como escenario de acción, como espacio habitado, como elemento de memoria. No obstante, en el caso de Camilo, tiene claro que no vive en un territorio tan común sino en un espacio donde las mismas tensiones que han marcado el mundo – entre izquierda y derecha (capitalismo, globalización) – están presentes y cohabitan.

> "*Camilo: De la historia pues lo que le comentaron pues al comienzo que fue fundado por parte de gente del M-19 creo, que fue esto fue parte invasión, parte. Sé que muchas de las personas, de los fundadores como tal, ya la gran mayoría ha muerto, la gran mayoría eran personas de bastante edad y pues ya han muerto. (…) Pues al comienzo tuvo mucha problemática, con los servicios todo, pero en la actualidad tiene muy buenos servicios, muy buenos servicios."* (diciembre, 2015).

Edison, fue una de las primeras personas con las que hablé. Es un hombre de algo más de cincuenta años, aunque con una apariencia de mayor juventud. Tiene una voz fuerte, ojos claros y habla tan rápido que muchas veces en nuestra conversación sentí que se me escapaban sus ideas. Nos encontramos en la sala de mi casa y mientras intentaba dibujar su idea del barrio, confundiendo las calles de antes y ahora, me contaba:

> "*Edison: [E]l barrio ha sido el fruto de un esfuerzo increíble y de unión entre todas las personas, por tener el beneficio de donde poder vivir. Lo bueno del barrio fue que se hizo de la nada de un potrero y de unas simples casas de tela*

> *asfáltica y para lo que es hoy en día el barrio que es uno de los más importantes de tema de telas*” (mayo, 2015).

Dentro de sus recuerdos está el proceso a través del cual se hizo la construcción de casas, incluida la de él y su familia, quienes aún están en el mismo lugar:

> “*Edison: Resulta que allí había varias personas, dentro de esas estaba incluida mi mamá y yo era un niño, apenas tenía 10 ó 12 años; resulta que construyeron casas de tela asfáltica que consistían en 4 palos en la parte de abajo 4 palos por los lados o 6 palos y otros palos en la parte de arriba sosteniendo la tela y entonces cuando dijeron que toda la gente tenía que ubicar sus casetas en los diferentes lotes que le habían asignado, que eran lotes de 6X12 cada cual cuadraba su casa*” (mayo, 2015).

Además, están hechos como el del 8 de abril[9] – presente en otros recuerdos y conocido por algunos como el viernes santo sangriento – que para Edison marca el inicio de otras formas de acción colectiva y de una forma particular de distinguir el espacio ya no como un todo sino por cuadras:

> “*Edison: Después de ya estar ubicadas todas las casas fue cuando llegó la policía, la caballería, y entonces de pronto resultó un borolo[10] por allá en la parte de arriba, porque como la invasión fue en la parte de abajo – la segunda etapa. De un momento a otro empezó a llover piedra por todos los lados, los policías recibían las pedradas, los caballos y la gente corría, y los policías se montaban por las casetas, tumbaban las casetas, atropellaban personas y me acuerdo tanto que los del hospital de La Hortúa se asomaban todas esas persona de los barrios aledaños y decían y gritaba que no nos mataran que no nos mataran sí, pero eso fue una vaina tremenda llovían piedras yo no sé de dónde salió tanta piedra y porque además el barrio no era pavimentado ni tenía alcantarillado eso era un potrero ahí, no tenía agua, no tenía nada, y bueno al fin la policía desistió y se fue del barrio y se crearon Comisiones, determinada Cuadra era una comisión, un ejemplo la comisión donde yo me crie y era la comisión sexta, y así se fue dividiendo el barrio por comisiones, y cada comisión tenía que turnarse para poder prestar vigilancia en la noche, para que no se entrara la policía. [También] se hacían, bazares que hoy le tocaba un bazar a tal comisión con el*

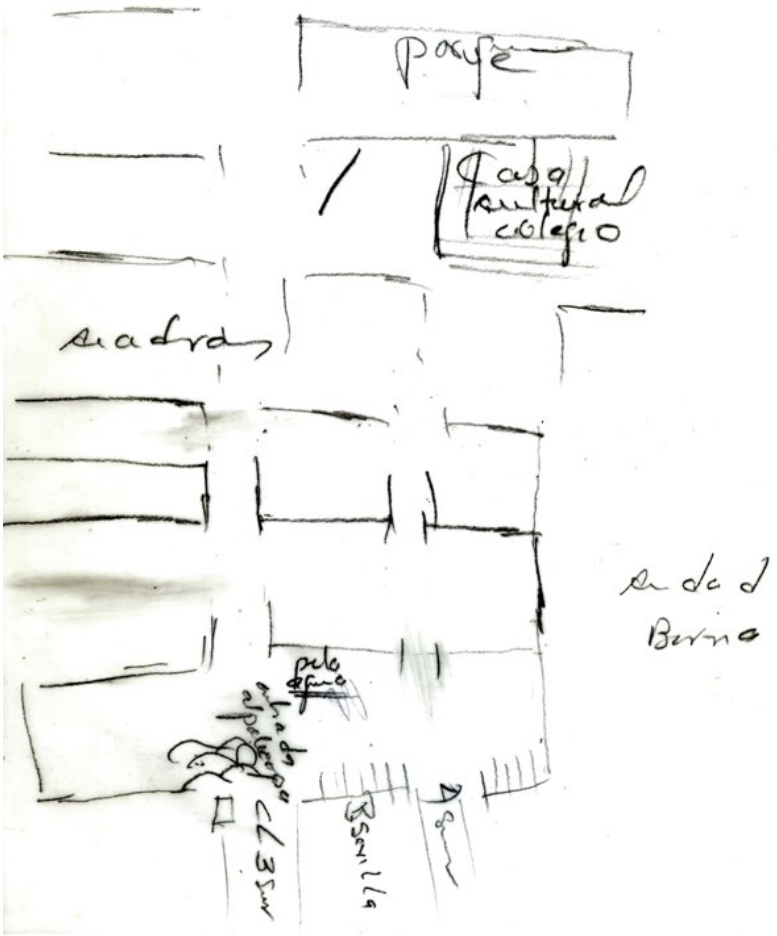
---

[9] El 8 de abril, como mencioné en el apartado sobre el Estado del Arte, es uno de los sucesos más recordados por algunos de los habitantes del barrio: estos sucesos tuvieron lugar un viernes de una Semana Santa de 1966, en el marco del cual la comunidad arreglo la llegada de un grupo de nuevas familias para ocupar el terreno del barrio. Este proceso estuvo mediado por una fuerte confrontación con la fuerza pública que dejaría personas gravemente heridas; no obstante, marcaría el inicio de una nueva etapa para el Policarpa en la que sería posible su legalización.

[10] La palabra “borolo” hace referencia en este relato a un escenario donde se genera confusión y alboroto.

> *objetivo de obtener algunos fondos para pavimentar las vías o hacer algún arreglo, con estos se fueron levantando los dineros para hacer el alcantarillado, para hacer las vías, colocar la luz*". (mayo, 2015).

Mapa 2 - 6**. Edison**



Edison (2015). Mapa barrio Policarpa. Bogotá, Colombia

En el marco de sus recuerdos, está un hecho que, como ya se mencionó, cambia para muchos la forma de ser del barrio: ya no solo es el potrero al cual llegan familias en busca de un lote para construir su casa, sino también un espacio para el comercio. El comercio textil es para Edison un hecho importante, aunque otras personas (como Ana) lo ven como un proceso que de alguna manera re-configuró las bases políticas y sociales del barrio. En últimas, este elemento es una nueva forma de 'habitancia' del barrio, de práctica comunicativa que construye nuevos lazos con el espacio, las personas y las memorias.

> “*Edison: Los que han llegado han también levantado mucho dinero, incluso jóvenes, yo me acuerdo que Don Benjamín se unió con Don Luís y el yerno a vender, ellos fueron los que empezaron el negocio del retal, ellos, y la señora Concha hacia calzones. Como Don Benjamín tenía más ingresos entonces don Luis y el cuñado, escogían el retal y después ya le llegaban eso camionadas de retal a Don Benjamín en ese garaje y eso era el espectáculo porque eso era viendo a todas esas viejas mostrando esos calzones ahí eso se agarraban por coger tela. El barrio es que ha sido de verdad parte industrial porque ¡mire!, primero un producto que la gente vendía mucho ahí era el zapato ese la baleta, después hacían sillas, en el barrio hay mucha gente creativa, yo vendí calzones, vendí zapato, fui zapatero hasta recogía chatarra ¿qué no hacía yo ahí?”* (mayo, 2015).

Leidy, es joven, tiene cerca de 20 años y llegó al barrio cuando estaba pequeña. No recuerda muy bien cuándo pero sí que vivió por la calle 2 frente a Doña Jesusa, donde Don Rafael, y que estudió en el Colegio Jaime Pardo Leal y de ahí se fue a vivir al Calvo Sur[11]. Ahora viene al barrio a encontrarse con los hermanos y a hablar con los vecinos y amigos que casi siempre encuentra en el parque.

> “*Leidy: [C]uando vengo al Policarpa llegó por la 4 y pues camino o doy vueltas, llamo a mis hermanos, juego acá un rato en el parque, comparto con cierta gente que vivió acá en el barrio que ya no vive acá o que vive*.” (enero, 2016)

Lo que más recuerda del barrio es una persona en particular. Como nos pasa a muchas y muchos, este terreno deja de tener calles y carreras y pasa a tener rostros. Así funciona también este proceso de la memoria y su relación comunicativa con el espacio que habitamos.

> “*Leidy: Me hace ese pensar en muchos familiares que ya se fueron, me refiero a mi tío Mario, alguna vez él tuvo que caminar por el parque por este parque Policarpa. Después él murió y pues ¿cómo yo lo recuerdo a él?, pues viniendo al barrio, visitando la gente, mirando el parque; incluso ahorita [el día en que se hizo la entrevista] yo estaba ahí; y hay un punto donde él, pues yo no sé si es una energía de él o qué será, pero me he dado cuenta que yo siempre que llego a ese lado me quiero quedar ahí*” (febrero, 2016).

Foto 2 - 3: **“El parque del Policarpa”**

---

[11] El barrio Calvo Sur, se encuentra ubicado cerca al Policarpa por la carrera décima en dirección a la Carrera séptima.

Ríos D, (2014). “Sinfonía de Ciudad - Barrio Policarpa”, Bogotá, Colombia

Yolanda, Fernando, Mayerlín y Katherín y Valery son miembros de una misma familia. Yolanda, al igual que su hermana Mercedes, llegó al barrio Policarpa en el año 68, se fueron a vivir a otro barrio hacia el año 70 y volvieron en el 77 a la casa de los abuelos. Por una de sus hermanas, Yolanda conoció a su actual esposo Fernando, quien para esa época no vivía en el Policarpa, pero empezó a frecuentarlo por la relación que se dio entre ellos dos. Cuando se casaron vivieron en otro barrio durante mucho tiempo, para regresar después al “Poli” donde Yolanda abrió una tienda. Hoy viven en el barrio San Bernardo, aunque ella sigue trabajando en el Policarpa. Valery nació cuando Katherín - su mamá - y sus abuelos vivían aún allí, el “Poli” no es solo el barrio donde nació sino donde trabajan sus otros abuelos, es decir los paternos. Sus recuerdos son pocos, pero sabe que allí vivieron.

La entrevista con ellos se dio en el marco de un almuerzo en familia, en el que además estaban mis abuelos maternos Carmen y Raúl (como lo hacemos con frecuencia y en donde casi siempre comemos el plato que nos heredó la abuela: arroz con leche, carne asada y papas saladas, a veces con ensalada) y entre lágrimas y risas, propiciadas sobre todo por escuchar la entrevista de mi tía Dora quien falleció ese año; mis primas, tía, tío, abuela y abuelo me contaron su historia en el Policarpa:

> “*Mayerlín: Me acuerdo que toda la infancia era el Policarpa, el domingo era ir a jugar con las niñas, porque no nos juntábamos con los niños de la cuadra,*

> *comer helado en la casa de mi abuelita, jugar tin tin corre corre*[12]*, y la señora que nos echaba agua y salía con el palo a pegarnos*” (abril, 2016).

Luego mi tía, Yolanda nos habló de sus vivencias, que al igual que en otros casos se relacionan de manera constante con el uso del espacio público, que en el caso del Policarpa casi se convierte en espacio privado, pues esa línea es confusa. La vida en comunidad, que parte de entender que este lugar surgió de la colectividad y permanece vivo en la acción cotidiana, subyace en la memoria colectiva de los habitantes del Policarpa y se escenifica en múltiples formas de interacción: “esquiniar”[13], hablar y hacer fiestas en las calles, hacer del andén un punto de encuentro, de la calle un espacio de reconocimiento y juego, de las fachadas y los postes de luz la superficie para las decoraciones festivas.

> “*Yolanda: Hicimos campeonatos de fútbol para damas y caballeros, entonces yo fui patrocinadora de los equipos y jugamos fútbol, microfútbol, ¡banquitas!, fue chévere, pintábamos las cuadras todos los 31 de diciembre o los 24, con colores rojo negro así, de diferentes colores, y hacíamos muñecos de navidad, la pasamos rico. Una vez sacamos, yo tenía la tienda ahí y hubo campeonatos cuando Colombia le ganó a Argentina 5-0 y la fiesta fue mundial, nos lavamos de harina y luego de agua*” (abril, 2016).

Foto 2 - 4**: "La cuadra"**

[12] Este juego, muy popular en el barrio, consistía en ir a diferentes casas, timbrar o golpear la puerta y salir corriendo con el fin de que las personas no supieran quién era.
[13] Pararse en las esquinas del barrio, solo o acompañado

Ríos, D. (2016). Barrio Policarpa, Bogotá, Colombia.

Su esposo Fernando la complementa, haciendo alusión a esos encuentros tan particulares. De hecho, cuando yo pienso en estas historias de juegos y fiestas en las calles (algunas de las cuales alcancé a ser testigo), imagino un carnaval permanente en medio de una lucha constante por sobrevivir y aunque suena paradójico, es así como lo describen quienes habitan este lugar y quienes sí estuvieron en estos días en el barrio.

> "*Fernando: Eso fue en el 81 con Dorita que estudiaba conmigo en el colegio y me invitó a la Coca-Cola bailable*[14] *con Yolanda y fue amor a primera vista y hablaban mucho del Policarpa, que era un barrio comunista, así como el Nuevo Chile*[15]*, pero a mí nunca me dio miedo ni nada y estuve haciendo caminatas con la juventud comunista también allá en el altavoz y todo sanito. Ahí cuando yo llego los diciembres era espectacular el Policarpa porque todas las cuadras se unían, había fiestas, la navidad era impresionante, cuando no había restricción de pólvora, todo el mundo celebraba todo el mundo tomaba y todo, pero la gente nunca se agredía ni nada, ni peleas ni nada, muy bonito eso allá, la gente era chévere en diciembre*" (abril, 2016).

Luego, de estas rememoraciones alrededor de festejos y celebraciones, me voy encontrando en sus relatos con una especie de nostalgia que, por diferentes razones, los toca como familia. Una nostalgia que tiene también un componente de duda sobre el futuro.

> "*Fernando y Yolanda: (…) y no hemos dejado el Policarpa porque siempre no sé para nosotros es un hogar. El Policarpa es algo especial, no me he podido alejar del Policarpa*" (abril, 2016)

Katherín agrega:

> "*No nos hemos ido del barrio por lo comercial, porque me parece tranquilo a pesar de que la gente dice que es peligroso, para mí no lo es, y porque sé que allá hay plata (risas) se consigue plata.*" (abril, 2016).

---

[14] Hace referencia a fiestas que se organizaban en el barrio, en espacios públicos a las cuales podían asistir diferentes personas de la comunidad y externos.

[15] El barrio Nuevo Chile, ubicado más al sur de la ciudad, es un barrio que podríamos denominar hermano del Policarpa, en la medida en que su proceso de creación hasta la legalización es similar al que se dio en este último. El Nuevo Chile, se construyó también bajo las directrices de la CENAPROV y fue fundado en 1971. (Rodríguez y Herrera, 2013, pp. 31-47)

A partir de los relatos, es posible ver como los lugares pierden las dinámicas propias de su estructura, no se ven en términos de medidas, ni de ubicación geográfica, ni se entienden desde el material del que están hechos. También están dotados de sensaciones hacia otros: dolor, tristeza, alegría, agradecimiento, ausencia, nostalgia. Un lugar de memoria socializa vínculos que una persona o grupo tiene con un espacio físico, el cual es apreciado más allá de su valor de uso, pues concreta sentidos vinculados a la emotividad, a la historia o a ciertos elementos que se consideran propios y fundamentales, ahí hay una referencia tanto al pasado como al futuro (Campos y López, 2004, p. 5).

Estas sensaciones están muchas veces vinculadas a personas que están ausentes, como les sucedió a las hermanas Mercedes, Dora y Yolanda que evocan en su relato siempre a la misma persona. Así como ya lo veíamos en Leidy, cuando habla de su tio Mario.

> “*Yolanda: En el año 77, volvimos a vivir en ese año al barrio Policarpa, mi hermana era una de las líderes de la Juventud Comunista, entonces ella quería que nosotros estuviéramos en ese grupo, nosotros íbamos y la acompañábamos que a reuniones de la JUCO y hacían brigadas que en ese tiempo colocaban panfletos, propaganda sobre el partido y la Juco en especial, pero a nosotros nos gustaba pero no como mi hermana que ella se metía en ese cuento y a mi papá y mi mamá no le gustaba mucho que nosotros estuviéramos en eso, porque eso era muy arriesgado, entonces después de que falleció mi hermana nosotros nos alejamos de muchas cosas*”.
>
> “*Dora: Cuando pienso en el barrio pienso en Carmenza, porque ella me enseñó muchas cosas de acá del barrio, la lucha por la gente, todo eso yo lo tengo en mi mente. La (calle) tercera que es la más importante, porque es la calle principal, es la más bonita me parece y la callecita de nosotros, la cuadrita de nosotros esa es la más importante. Esa calle era toda en barro, ¿sabe cuándo pavimentaron esa calle?, en el año 78 cuando Carmencita murió, que ella estaba tan contenta con eso*”.
>
> “*Mercedes: La casa cultural antigua, me quedó grabado, porque quizás todas mis hermanas compartieron con Carmenza, pero yo compartí más tiempo con ella. Esa casa cultural me dejó marcada porque ahí fueron las exequias de ella, y la salida de ella desde el Policarpa*”.

Foto 2 - 5**: [Fotografía sin título]**

(N/D). Barrio Policarpa, Bogotá, Colombia. Recuperada del grupo de Facebook: Policarpa Histórico II. En esta fotografía se ven los jóvenes de la JUCO en un evento cultural organizado en el barrio, en el centro de cabello ondulado, Carmenza.

Para ellas no está tan marcado en su recuerdo la construcción de las casas, aunque no significa que no lo tengan como elemento clave de sus remembranzas. Es solo que la memoria es selectiva. No recordamos todo y tampoco lo hacemos porque sí, no es un proceso del azar, aunque no se escoge tampoco de manera consciente, “en el proceso de significación de acontecimientos los actores privilegian algunos hechos, descartando o relegando otros” (Aravena, 2003, p. 95).

Como ya lo había introducido, también hicieron parte de mi entrevista colectiva mis abuelos, los esposos Raúl y Carmen, quienes llegaron con sus hijos al barrio en el año 68. No hicieron parte del grupo de invasores, así que estuvieron un tiempo allí en la casa de sus hermanos quienes también fueron esposos (el hermano de Raúl se casó con la hermana de Carmen, Ana quien hizo parte también de las entrevistas). Luego de un tiempo de estar viviendo en otro barrio, volvieron a vivir en la casa de los padres de Raúl hasta cuando se vendió la residencia hace casi 5 años (la casa pertenecía para el momento en que se vendió a una de sus hijas). Mi abuelo Raúl recuerda con nostalgia lo que fue el barrio, mi abuela Carmen, ha perdido muchos de sus recuerdos por la demencia y el alzhéimer.

“La Paisa”, proveniente de El Quindío y que tiene como labor principal la venta de arepas en una esquina; arribó a la zona hace 6 años. Aunque vive realmente en el barrio Sevilla[16], para ella esa parte sigue siendo el Policarpa. Considera que lo más significativo es la gente y su amabilidad. Allí, en la esquina de siempre, abrigadas por el calor de su asador, me fue contando su relato, sus vivencias cotidianas y su relación con este barrio

> “*La Paisa: ¿Lo más bonito que tiene el barrio? la gente, yo digo que la gente y pues ¿qué le digo mami?, si como la gente más que todo, acá hay gente muy bonita, muy colaboradora, el barrio tiene gente muy chévere*”. (noviembre, 2015).

Para ella, como para algunos de los anteriores colaboradores, su encuentro con el barrio es diferente, pues este escenario se ha transformado no solo en su hogar sino en el lugar para progresar, para su crecimiento económico, para cambiar su vida:

> “*La Paisa: He vivido acá lo que hace que estoy acá en Bogotá he vivido acá en este barrio, me parece muy bueno para trabajar, la gente es muy amable, les gusta mis arepitas*” (noviembre, 2015).

El Policarpa ya no es el escenario de la lucha con la fuerza pública, sino que se ha transformado y se ha vuelto el espacio para las luchas cotidianas: pagar el arriendo, llevar a los hijos al colegio, comprar el mercado. Esto, sigue, sin embargo, mediado por los rastros de lo que fue y cómo se formó el barrio. Así lo menciona la Paisa en su relato,

> “*La paisa: sí he escuchado pues que la gente que llegó acá, los primeritos. que llegaron les tocó muy duro para tener sus casitas y eso, les tocó luchar mucho. Pues eso es lo que he escuchado*” (noviembre, 2015).

Lo que le sucede a la Paisa se acerca mucho a lo que refleja el relato de Mariana, quien tampoco fue invasora. Aunque ya no habita el barrio, este lugar sigue siendo para ella un referente laboral y comunitario muy importante. Así lo dejó ver cuando la entrevisté en su lugar de trabajo que, casualmente, está en la casa de una de mis tías.

---

[16] El barrio Sevilla está ubicado en las mismas calles (2, 3, 4 y 5) del Policarpa, sin embargo, este barrio tiene un origen muy diferente puesto que la construcción del mismo se dio de manera más regular. El Sevilla empieza en la Carrera donde termina el Policarpa y va hasta la Avenida Caracas.

> "*Mariana: Yo llegué aquí por trabajo, yo trabajé acá pues varios años en telas, sí en telas trabajé todo el tiempo en telas "es un barrio como chévere, o sea que es muy alegre, la gente, por lo menos el 31 de brujas, acá es muy especial, sobre todo por la 4, ¡no! eso es lleno de gente entonces es muy chévere, es muy chévere salir uno con los chinos*" (mayo, 2015).

Foto 2 - 6**: "Saliendo del Colegio".**

Ríos, D (2016). Barrio Policarpa, Bogotá, Colombia

Para Mariana, como para otros que no estuvieron en la invasión y cuyas familias tampoco hicieron parte de esa lucha, el proceso de invasión es más un aspecto histórico, quizás anecdótico, del Policarpa. No obstante, pervive con fuerza en la memoria colectiva como un fantasma que se niega a dejar de caminar sus calles.

> "*Mariana: Pues qué más sé yo de este barrio, que acá el agua, es el único barrio que tiene el agua que no pagan, o sea se paga una mínima pero no hay contadores, porque la gente se ha manifestado y no ha dejado poner eso, porque esto fue de invasión, esto es barrio de invasión y la gente ha sido muy unida, porque creo que más de una vez han intentado poner los contadores y la gente se ha manifestado y no han dejado, hasta ahora es como el único barrio donde el agua es así porque en todo lado hay contadores y todo y acá no.*" (mayo, 2015)

Andrés vivió en el Policarpa de niño, en la calle 4 con carrera 11B, donde recuerda que se la pasaba jugando con otros niños. Ha vivido siempre en barrios cercanos y aunque actualmente su casa está en el San Antonio[17], está permanentemente en el parque del Policarpa. Justo ahí nos sentamos a conversar, rodeados por su grupo de amigos. No dibujó un mapa, pero me contó mucho de él a pesar de que era la primera vez que hablábamos. Hacía frío pero la conversación, aunque corta, fue cálida y amena. Para Andrés el barrio evoca la lucha y la unión, es una mezcla entre lo que sabe que pasó y como lo experimenta día a día

> “*Andrés: (...) mi aspecto del barrio es revolución es de los pocos barrios luchadores que todavía quedan en Bogotá y del mundo que yo conozco, y es de los pocos del mundo que construyó su propio sistema de alcantarillado, sí que ha negociado a pesar de que es muy difícil no cobran una tarifa como tal de agua porque la gente no ha dejado instalar contadores porque ellos mismo fueron los que construyeron las casas, ellos mismos fueron los que construyeron todo. Tal vez no tiene la fuerza de hace muchos años porque mucha gente de los primeros que eran los que tenían los ideales ya se fueron vendieron por cuestiones económicas, ha llegado gente que ya no tiene nada que ver, pero siempre quedan y acá en el Policarpa hay una gran mayoría que lucha por muchas causas o sea en todos los sectores, y de acá han salido ediles, concejales en el ámbito político, todavía sigue vivo y todo el mundo sabe que el Policarpa digamos que hablando políticamente es un sector fuerte para la izquierda Colombiana, todavía sigue vivo no con la fuerza, pero ahorita los jóvenes se están apropiando de esto y están cogiendo fuerza, acá está la juventud colombiana prácticamente que es la sede principal, entonces de ninguna manera ha muerto.*” (febrero, 2016).

Foto 2 - 7**: "Las paredes del parque"**

[17] Barrio vecino del sector, que se encuentra ubicado por la calle tercera hacia el occidente cruzando la Avenida Caracas.

Ríos, D. (2016). Barrio Policarpa, Bogotá, Colombia

En cuanto a Ana, no sé si decir su edad sea necesario cuando su experiencia y sus historias irán develando el trayecto de sus vivencias. Como símbolo de este barrio, hizo parte de la primera invasión, es decir fue fundadora, participó en todos los eventos que dieron origen al Policarpa desde la construcción física hasta la postura ideológica barrial. Hacía parte de la organización de las comisiones, trabajaba en la defensa de sus compañeros y compañeras. Ha entregado su vida al trabajo con la Central Nacional Provivienda y el Partido Comunista y aún hoy hace parte de la junta directiva del Centro de Inquilinos No. 1[18]. Todos los días encuentra una razón para recorrer las calles del barrio, repartir el periódico, revisar el salón, asistir a sus reuniones. Todavía, con sus años de vida y sus intensas luchas, es posible encontrársela en marchas y manifestaciones. Fiel a sus ideales desde que llegó al Policarpa no ha vivido en un lugar diferente y aunque, con nostalgia, recuerda la lucha por el territorio, tiene fe en que es posible encontrar a quién dejar sus legados para que este barrio no desaparezca.

La experiencia de tener esta conversación con ella me desbordó al atraparme con sus hazañas. Nos encontramos en el Salón Comunal del Policarpa, que lleva por nombre Luis A. Morales en honor a uno de los líderes de la invasión. Era una tarde lluviosa y el

[18] Forma de organización administrativa interna de la Central Nacional Provivienda.

mapa lo dibujó con la voz, dándome indicaciones mientras yo hacía los trazos. Empezamos hablando de su llegada al barrio.

> “*Ana: Yo llegué acá con mis hijos y una sobrina que vivía conmigo, yo estaba embarazada. Carmenza (sobrina) fue una gran dirigente de la Juventud Comunista, ella asumió una responsabilidad muy grande, era de un carácter bien fuerte, una líder muy buena. Como madre, pensé siempre en la libertad de mis hijos e hijas, siempre los cuidé, pero dejé que ellos tomaran sus decisiones. Mi hija también estuvo en la Juventud, ella fue una pionera*” (enero, 2016).

Mapa 2 - 7**. Ana**

Ana (2016). Mapa barrio Policarpa. Bogotá, Colombia

Paralelamente al hecho de ser madre, estuvo en todo el proceso de transformación del espacio y de dar sentido a un territorio, dando vida a los terrenos y haciéndolos habitables. Necesitó de esfuerzos, sacrificios y entregas que aún hoy marcan el día a día tanto de Ana como de quienes habitan este lugar.

> "*Ana: Para mí lo más importante fue la experiencia tan grande y la valentía para defender. Este proceso para mí fue la organización, la educación, la conciencia que tan grande es la humanidad, conocer que era ser solidario; al calor de la lucha, se estaba aprendiendo y haciendo. Todos nos sentíamos como una sola familia. La mayoría de las personas que llegaron aquí vinieron desplazados de las violencias que en esa época empezaron, y vinieron buscando un derecho a la tierra, para sus hijos y sus familias. Este barrio fue todo, todo lo que soy hoy en día se lo debo a este proceso. (...) en medio de la represión en medio, todo lo que nos tocó enfrentarnos, era tan bonito, porque todos éramos compañeros*" (enero, 2016).

Al igual que las demás personas, Ana tiene en sus relatos encuentros con otros, lugares comunes en donde pareciera que hubieran sido un solo cuerpo viviendo y actuando en un solo espacio. Esto tiene sentido porque es parte de las conexiones que hace la memoria colectiva desde la comunicación de sentidos, y es aquello que nos atrapa de un espacio como el barrio cuando lo sentimos como nuestro "Los recuerdos nos encadenan a este lugar (...) Es algo personal, eso no le interesaría a nadie, pero en fin eso hace, a pesar de todo, el espíritu de un barrio" (Una habitante de la Croix-Rousse en Lyon (entrevista recogida por Pierre Mayol); Giard y Mayol en De Certeau, 1996).

> "*Ana: El barrio empezó con unas casetas armadas en paroi y en palos y con esterilla de guadua porque en el techo tocaba ponerla para que tuviera la tela asfáltica. Se construyó en 6 etapas; principió con la primera que fue las casetas que hicieron contra el Hospital, la segunda que fue cuando ya construyeron las 3 manzanas en el centro y así se fue construyendo de etapa en etapa hasta el 8 de abril que fue ya la culminación de todo el barrio. Donde estamos iba a ser otra manzana, pero eso fue quemado, arruinado por la fuerza pública entonces quedó desocupado, por eso se convirtió después en el parque y se dejó parte de terreno para hacer el salón, la nueva Casa Cultural.*
>
> *Organizativamente después de que el barrio ya se creció o se consolidó se vio la necesidad de repartirlo sectorialmente para ser más operativo y para dar facilidad a que más gente participara en los trabajos, entonces se formaron las comisiones, el barrio se dividió en 14 sectores. Y cuando había algún problema se decía bueno hagan asamblea a ver qué van a orientar. Otra estructura que tenía el barrio, eso ya no era como estructura sino como organización, eran las comisiones de trabajo entonces había comisiones para todo, la comisión de servicios, que empezó a trabajar por el agua, y en el año 66 se instalaron las pilas de agua. Y las demás comisiones pues también les tocaba hacer cosas, aquí no se dejaba que nadie estuviera quieto, todo el mundo estaba comprometido*" (enero, 2016).

Foto 2 - 8**: [Fotografía sin título]**

(N/D). Barrio Policarpa, Bogotá, Colombia. Recuperada del álbum familiar de la señora Ana Castellanos. En esta fotografía se pueden ver cómo fueron hechas las primeras casas que se construyeron en el barrio.

Este relato de Ana, a quien yo describiría como una heroína cotidiana, da vida hoy al pasado pues tiene esa capacidad de encontrar en los lugares ya transformados lo que evocan y lo que cargan. En este barrio, como lo plantearía Michel De Certeau (1996) “no hay sino lugares encantados por espíritus múltiples, agazapados en ese silencio y que uno puede o no “evocar”. Y es que efectivamente, la conformación de memoria colectiva no es un fenómeno a-histórico, sino que tiene lugar en el presente, de manera selectiva en ciertos lugares o espacios que se vuelven simbólicos pues, como tal, no solamente es reproductora sino también productora (Aravena, 2003) de sentidos, afectos y prácticas en el habitar[19].

> “*Ana: El Partido Comunista fue el alma de todo, fue como el padre que engendró esta lucha y la Cenaprov la madre. En el barrio, en un momento se vio la necesidad de que había que defender la educación, mis hijos estudiaban en una*

[19] Algunos críticos de los estudios de la memoria, han planteado como problemático el tema de los lugares de memoria: “la memoria se ha convertido en una cuestión de signos explícitos y no de significados implícitos. Ahora compartimentamos la memoria como si fuera una forma discursiva; nuestro único recurso es representar e inventar lo que ya no podemos experimentar espontáneamente. Así, Nora compara los «lieux» contemporáneos, o los lugares de la memoria, con los «milieux» anteriormente vividos. El primero es una versión empobrecida de los últimos: «Si pudiéramos vivir en la memoria, no habríamos tenido que recurrir a consagrar un lieu de mémoire en su nombre.» (Olick, J. K., y Abásolo, O 1998). No obstante, este trabajo parte de pensar los lugares como uno de esos múltiples anclajes que encuentra la memoria, es un dispositivo que evoca recuerdos, pero no el único, como se evidencia en los relatos del Policarpa.

> *escuela, pero les tocaba atravesar un potrero y entonces, vimos la necesidad de defender la educación; se planeó la toma de un cuartel de la Policía que habían montado aquí, eso organizamos a todos los niños y habían unas compañeras encargadas de entretener a los policías para que los niños entraran y se sentarán a tomar clases con unos estudiantes de la Nacional que nos apoyaron mucho, los estudiantes siguieron dando clases, y ya nos tomamos el cuartel y no nos pudieron sacar porque los niños ya estaban ahí, después entonces ya tocó arreglar mejor la escuela y la dejamos ahí donde antes era nuestra Casa Cultural y ya después se le puso el nombre de Jaime Pardo Leal por la historia de él además porque él además de ser un líder y fue catedrático (...). Y con la luz, pues la conseguimos, hasta 1990, que fue cuando se legalizó el barrio, tuvimos luz de contrabando, y el agua si todavía es de contrabando por eso es que no nos hacen los arreglos de nada porque las tuberías son las que nosotros pusimos, las que hicimos entre todos para finalmente traer el agua*" (enero, 2015).

En el testimonio de Ana aparece el temor al olvido, del que hablaré más adelante, el temor a esos cambios y transformaciones que pueden significar un vuelco total a la esencia del territorio y a la identidad barrial y fundacional que históricamente le caracterizó. En efecto, la ciudad como fenómeno social y cultural se encuentra inmersa en la tensión entre la construcción y defensa de identidades locales, por un lado, y macro procesos de orden global, con tendencia a la homogeneización por el otro (Campos y López, 2004, p.2). El barrio como espacio local, no está exento de estas tensiones; por el contrario, desde hace mucho tiempo se encuentra inmerso en la pugna entre la política y el comercio, entre que siga siendo un barrio con un determinismo de izquierda claro y definido, o un sector para la comercialización de textiles e insumos para esta industria[20]. Pareciera que hay un cambio en aquella clásica consigna del manifiesto comunista y que el fantasma que rodea el "Poli" es el fantasma del capitalismo. Para Ana, el hecho de que el sector textil haya aparecido, no significa como para algunos de los otros, un proceso necesariamente positivo.

---

[20] Este aspecto se ve reflejado en los procesos de renovación urbana que se han impulsado en diferentes ciudades, los cuales buscan organizar de mejor manera la forma en que las mismas van creciendo. Para el caso de Bogotá y del barrio Policarpa, desde hace dos administraciones se propuso el proyecto Ciudad Salud Región, cuyo objetivo es la creación de un Clúster, es decir una asociación de actores vinculados al servicio de la salud y a la renovación urbana de un sector del Centro de Bogotá cuyo eje será el Servicio de Salud especialmente de alta complejidad (Ramírez, 2012). Esencialmente se refiere al espacio donde están ubicados los hospitales San Juan de Dios, la Samaritana, la Misericordia, Santa Clara, el Instituto Materno Infantil, Cancerológico Nacional y Dermatológico Federico Lleras.

> “*Ana: Hoy en día siente uno mucha nostalgia y se volvió fue un barrio donde todo el mundo tiene un signo pesos en la frente. Hubo políticas dirigidas a acabar con la organización de este barrio, para hacer que el barrio cambiara y la organización perdiera fuerza. El referente de nuestra historia está solamente en este espacio - la Casa Cultural – que ojalá no se pierda –. No se sabe quién sigue la continuación de nuestra esperanza y nuestro sueño, en la organización, en el proceso del barrio se conjugó todo un contexto social, político y filosófico que nos transportó a todo el país. Todo lo que usted encuentra en este barrio, tiene un origen histórico.*
>
> *Yo creo que lo que falta es como agallas, alguien joven con más energía que logre canalizar y que logre rescatar de pronto algunas reservas que hay en el barrio, pues algunas de las ideas que hay todavía, de cómo poder rescatar el trabajo con los niños, el niño es muy voluble y nadie ningún padre, pertenezca a la idea que pertenezca, ningún padre se opone a la actividad de sus hijos, entonces yo pienso que si se pudiera levantar un trabajo con los niños se rescata pensamiento, se rescatan ideas, porque al calor de un trabajo se les va creando una formación de clase, una formación humana van entendiendo muchas cosas los niños. El espíritu, como esa esencia de lo que fue el barrio eso siempre se respira en cualquier forma, eso siempre se respira*” (enero, 2015).

Para Ana el Policarpa significa unidad y el recuerdo vivo de un proceso colectivo que, más que remembranza, es el significado de su vida y la de muchos fundadores. Para cada persona o grupo el significado cambia; sin embargo, hay una presencia permanente que expresa rastros de la memoria colectiva, los cuentos de los viejos, las fotos del álbum familiar, el mural en las paredes, las laminillas pegadas en los muros. En el caso de los niños y niñas del Pardo Leal, por ejemplo, seguramente es el lugar de la ciudad donde queda su colegio, pero también de reuniones de fines de semana con amigos.

El barrio Policarpa, tiene esa esencia única que hace que las personas puedan identificar en este espacio un lugar de encuentro con una historia común de la cual se sienten parte. La inclusión de este barrio en el sistema urbano, en el mapa de Bogotá, está atravesado por las cartografías cotidianas que generan sus caminantes.

Todo esto lleva a un proceso de apropiación de diversos espacios que constituyen un fundamento colectivo. Para Sol, Camilo, Andrés y Leidy, el parque del Policarpa es un punto de encuentro y de referencia. Dora, Ana, Marina, Mercedes encuentran en la Casa

Cultural (tanto la nueva como en la antigua[21]) un encuentro con muchos recuerdos, desde personas hasta acontecimientos. La Paisa y Juan Manuel ven en el Colegio un lugar de permanente recordación de que están en el barrio. Para Edison, Raúl, Yolanda y Daniela son las calles que consideran principales, la cuarta y la tercera, los caminos y los recorridos, la esencia del barrio (pues no hay un solo lugar, sino que en muchos casos son múltiples). Para Katherín, Valery, Omar, Fernando, Mariana y Mayerlín, es la casa donde vivieron o la primera que conocieron y el punto donde se encuentra ubicada.

Por otro lado, para quienes llegaron sin ninguna conexión con el territorio, con la lucha por la vivienda, los servicios, la educación, y la confrontación con la fuerza pública, la invasión es un aspecto más histórico que relevante en el origen de sus propias vidas. Sin embargo, sigue apareciendo como algo importante que se evidencia en características actuales, como la situación del servicio público del agua, que es la huella que lleva a todos al momento mismo de la invasión, las piedras volando y los policías entrando.

Aquellos lugares que se consideran como determinantes del barrio, que entran en el recorrido que hacen los habitantes: la calle, la esquina, el parque, la cuadra, el colegio; se mezclan con otros recuerdos y anclajes de la memoria individual. Ya no son los espacios en sí mismos, sino que están llenos de vida, de presencias y de nombres.

Jóvenes y viejos, niños y adultos, hombres y mujeres, habitantes del Policarpa, que viven, trabajan, juegan, luchan y disfrutan de este espacio, encuentran que en sus recuerdos está inmersa la esencia con la que nació este barrio. Aproximándose a los recuerdos de la vida familiar y de la vida en comunidad, que reconstruyen permanentemente, le otorgan a los mismos vigencia en la práctica cotidiana; es decir, el pasado en función del ahora.

Herederos de los contenidos de la vida en comunidad, nos apropiamos de elementos relatados y vividos por otros y, finalmente, los dejamos como una memoria propia

[21] La primera Casa Cultural que se hizo en el Policarpa estaba ubicada en los terrenos donde hoy está el Colegio Jaime Pardo Leal. De acuerdo con la historia de Ana, esta Casa Cultural se trasladó a los terrenos del Parque, que fue un lote que no se pudo construir porque la Policía no lo permitió.

(Aravena, 2003). Esta memoria no es simplemente la suma de muchos relatos y recuerdos, sino una construcción particular que como individuos hacemos y que nos permite dar sentido a nuestra propia vida y ponerla en relación con el entorno.

La memoria no sólo da cuenta de aspectos de una vida particular, sino que también es colectiva, ya que compartimos espacios que generan recuerdos conjuntos capaces de transformarse en un discurso social de grupo. (Aravena, 2003). El Policarpa, ese barrio de revoltosos, comunistas, izquierdistas, que se volvió todo un hito de la historia de los barrios de invasión en Bogotá, es hoy un barrio legalizado y transformado por la movilidad de la población, por los sucesos mismos de la vida, por los azares del destino. Hoy, inserto en la dinámica textil, mantiene como rasgos característicos la vida en comunidad, las acciones cotidianas de invasión del espacio público y algunos herederos de una lucha ya no por la vivienda sino por la permanencia, la economía digna y el amor al territorio.

Estas dos características – barrio de izquierda, barrio de telas – cohabitan de manera extraña y, aunque en los relatos hay presencia de algunas tensiones, se reconoce que estos dos aspectos se entretejen en el territorio. Si bien las telas cambiaron la configuración del territorio, es al menos un proceso no impuesto, surgido del mismo colectivo, y generador de nuevas socializaciones. No hay que olvidar que los habitantes buscan siempre formas de lucha basadas en la necesidad del bienestar familiar y comunitario. Se va haciendo evidente entonces que la colectividad de la memoria también es multiplicidad: “pertenecer a una cultura es encontrarse inmerso en un sinnúmero de relatos interconectados en torno al pasado, aunque no todos ellos establezcan un acuerdo, un consenso. Pueden presentarse lo disensos, discontinuidades, desavenencias” (Mendoza, 2004, p. 5).

La memoria producto de lo colectivo genera huella, actualizándose y transformándose de manera permanente, seleccionando y guardando solamente algunas imágenes, sensaciones, olores, colores y sabores de los desplazamientos (Pérgolis, Orduz y Moreno, 2000).

Hay inserta en todo este proceso una relación entre comunicación y memoria, que vincula el intercambio de afectos y de sentidos como parte de esos actos cotidianos. Este

proceso no solamente encuentra en el relato o en la oralidad las formas de transmitir, sino también en los recorridos habituales, en las formas regulares de actuar.

Esto se ve reflejado en lo que me sucede a mí misma como portadora de la memoria de este territorio, es decir como habitante:

> "*¿Cómo llego a ese barrio? – Depende, si usted está en la Décima entonces desde la esquina del Hospital San Juan de Dios, vaya hasta la Tercera Sur. Es fácil va por ese costado hasta un parque, ahí se ubica porque hay un grafiti gigante que dice "Todas somos Policarpa" por esa calle baja y ese es el barrio. Si viene por la Caracas tampoco es muy complicado. – ¿Y es muy peligroso? – No, la verdad es que cuando estoy ahí nunca siento temor, me siento segura, me siento en mi hogar. Tengo trazado un mapa en mi cabeza, lo conozco de memoria*"[22].

El barrio, como un espacio de memoria está en permanente construcción y deconstrucción. Estos procesos en algunos casos se reflejan en los cambios físicos de su estructura, sujetas a las variaciones propias de la urbe y a las nuevas necesidades de la comunidad que lo habita. Ya no se piensa en las clásicas viviendas unifamiliares, sino que otras lógicas determinan el orden de las edificaciones, las bodegas, los edificios multifamiliares, los locales para hacer negocio.

También están los cambios en los significados que las personas dan al territorio y en las relaciones que establecen con éste, en las cuales permanentemente lo reinventan, convirtiendo el Policarpa en un elemento comunicativo. Los lugares están cargados de memoria y comunican un sentido, desde las fachadas, las pinturas, el arte urbano, hasta las arepas de la esquina, el tinto del carrito, los textiles en todas sus texturas y colores. Todo esto pasa por la narración y el traspaso de la memoria de unos a otros habitantes: "nos vemos en la esquina", "caiga a la casa de la abuelita", "nos vemos en el parque", "aquí viví", "aquí crecí", "aquí murió", "esta era la tienda favorita de su papá" entre otros, pero también está en las interacciones con el espacio.

---

[22] Cuando comencé a hacer este trabajo, me cuestioné muchas veces como portadora de memoria, como resultado de muchos de estos momentos surgió este comentario que buscaba relatar cómo en mi cabeza siempre logro llegar al mismo lugar, aquel donde crecí.

Los lugares están ahí, a veces se ven sus cambios, otras veces pareciera que siguen intactos y que no dicen nada nuevo. Diariamente se pasa por miles de lugares en la ciudad sin que necesariamente se habiten y se conviertan en espacios dotados de un sentido para el transeúnte. Hasta que se llega a ese lugar que nos comunica, que nos expresa, que nos grita; aquel que está cargado de memoria y que tiene esa cualidad que le es propia de “guardar y dar cuenta de lo significativo de la vida, de lo que vale la pena mantener para luego comunicar y que alguien más lo entienda” (Mendoza, 2004, p. 1).

> Los lugares son historias fragmentarias y replegadas, pasados robados a la legibilidad por el prójimo, tiempos amontonados que pueden desplegarse pero que están allí más bien como relatos a la espera y que permanecen en estado de jeroglífico, en fin, de simbolizaciones enquistadas en el dolor o el placer del cuerpo. (De Certeau, 1996, p 122).

La comunicación está relacionada con la práctica de lugares, con esas costumbres que se adquieren dentro de los marcos sociales. Los portadores de memoria, que somos todos aquellos y aquellas que encontramos relación o estamos dentro de ese marco, vamos construyendo múltiples relatos que dotan de sentido el barrio al tiempo que se transfieren a las acciones cotidianas: caminar haciendo un recorrido siempre igual de manera inconsciente; sentirse en casa con ver la esquina donde solía jugar de niño; reconocerse al entrar al parque; identificarse con un uniforme; hablar siempre con la misma vecina en el mismo punto a la misma hora sin tener una cita; comprar lo del diario en la tienda del barrio. Estos eventos construyen discursos o los posibilitan y, a su vez, constituyen acontecimientos y les otorgan sentido.

Sin embargo, no todas las acciones cotidianas que involucran la comunicación se convierten en memoria colectiva. El portador de memoria lleva a cabo una serie de prácticas comunicativas que involucran situaciones de impacto, sensaciones y sentimientos que lo ligan a ese recuerdo que puede ser transmitido; eso que solo al verlo, sentirlo, escucharlo hace que se experimente en su mente y su cuerpo algo que lo lleva al ayer y del ayer al presente e incluso al futuro. Es decir, “la memoria mantendrá aquello que considere significativo, con sentido” (Mendoza, 2004, p. 3).

Ahí está el espacio vivo, la memoria atenta, los recuerdos, los anhelos y el hoy. El barrio transforma y los relatos lo hacen vivo, en esta historia que es la historia de los abuelos, los padres, las tías y tíos, amigos y conocidos, la historia de las arepas de la esquina, el

perro de la Cuarta, el pan caliente con tinto y los recorridos, la historia de un hogar que va más allá de las cuatro paredes de una casa.

III. Silencios y olvidos

La “incomunicación” o lo que callamos

“Hay quienes imaginan el olvido
como un depósito desierto / una
cosecha de la nada y, sin embargo
el olvido está lleno de memoria”
¿Cosecha de la nada? - Mario Benedetti

Uno de los aspectos que se relaciona con la memoria está vinculado con los procesos de silencio - lo que no se dice, aquello que no se comunica - y que puede o no llevar al olvido. Esto se presenta por muchas razones y, en un país como Colombia, en donde la desconfianza se perfila como un medio de protección, el silencio más que una decisión llega a ser una obligación.

Esta última parte de la tesis, a diferencia de las demás, tuvo un camino más largo e incluso complejo. Proviene de una preocupación personal por el olvido que, luego de diferentes lecturas y diálogos con mi director y otras personas, logró entrar en este proceso no solo como una preocupación sino como una parte constitutiva. En ese sentido, el olvido, el silencio y la no-comunicación tienen también una clave en términos de la memoria, la comunicación y la ‘habitancia’. El olvido y el silencio no son antónimos de memoria y comunicación, sino otras formas de habitar que, bien por protección, por imposibilidad de recordar o por simple decisión de no comunicar, hacen parte de las formas de practicar los espacios.

Los sentimientos, las emociones y las vivencias de la cotidianidad están involucradas en estos procesos, que más que concepciones estáticas proponen dinámicas propias de la vida humana y el desarrollo social y colectivo.

En ese sentido, el olvido, como el silencio, se presenta de muchas maneras y puede ser leído desde diferentes perspectivas. En algunos casos, evocar el olvido parece una ofensa contra la sociedad, sobre todo contra determinadas comunidades que se han visto afectadas por sucesos violentos. Esto es muy relevante hoy día si se piensa en escenarios de posconflicto, justicia transicional, entre otros, en donde hay un cambio en las dinámicas de violencia que por determinado tiempo han regido las formas de organización políticas, culturales, económicas y sociales. En estas situaciones no olvidar parece la garantía para la no repetición de las acciones que causaron daños y así no ser esclavos permanentes del pasado.

Analizar el proceso del olvido ha sido un trabajo que han adelantado diversos autores desde distintas posturas. Dentro de estos, se rescata a Paul Ricoeur y su texto “La memoria, la historia, el olvido”. Él plantea que el olvido “es percibido primero y masivamente como un atentado contra la fiabilidad de la memoria” (2000, p 531). En la misma línea el autor señala que:

> [L]a memoria se define (…) al menos en primera instancia, como lucha contra el olvido. (…) Y nuestro conocido deber de memoria se enuncia como exhortación a no olvidar. Pero al mismo tiempo, y con el mismo impulso espontáneo, desechamos el espectro de una memoria que no olvide nada; incluso la consideramos monstruosa. (Ricoeur, 2000, p. 580)

Es desde estas disertaciones que el autor desarrolla este concepto, desde la necesidad que tenemos de no recordarlo todo y, en consecuencia, dejar pasar algunas cosas y separarlas de aquello que va a quedar de manera más permanente en la memoria, unas veces de manera voluntaria y otras sin hacer conciencia de lo mismo. De tal manera Ricoeur plantea una perspectiva que nos lleva a pensar el olvido en niveles de profundidad y manifestación en la memoria, desde el desarrollo del concepto de huella.

> (…) [L]a noción de huella no se reduce ni a la huella documental ni a la huella cortical; ambas consisten en marcas “exteriores”, aunque en diferentes sentidos: el de la institución social para el archivo, el de la organización biológica para el cerebro. Queda la tercera clase de inscripción, la más problemática, pero la más

> significativa (…): consiste en la persistencia de las impresiones primeras en cuanto pasividades: un acontecimiento nos ha afectado, impresionado, y la marca afectiva permanece en nuestro espíritu (Ricoeur, 2000, p. 578)

Así, aunque es posible que se dé un silencio colectivo y una censura impositiva, causada por ejemplo por el temor a perder la vida propia o la de los seres queridos, esto puede dejar abierta la posibilidad de volver a encontrar algunos de los trazos que permitan reconstruir, si no todo, al menos una parte de lo que quedó en el silencio. Esto aún con el riesgo de que no sea posible nunca comunicarlo.

Ricoeur señala que la experiencia clave en las lecturas tanto del olvido como de la memoria, es el reconocimiento: “es en el momento del reconocimiento cuando la imagen presente es tenida por fiel a la afección primera, al choque del acontecimiento” (2000). Esto se inscribe pues en el aspecto fundamental de la huella, la cual debe ser pensada “como efecto presente y signo de su causa ausente” (2000, p. 578).

En Ricoeur es posible identificar el olvido como un elemento importante, sobre todo aquel concepto que el autor refiere como “olvido de reserva” y su relación con las huellas. En ese sentido, parte de tres presuposiciones en donde la principal hace referencia a que esta,

> (...) pertenece originariamente a las afecciones de sobrevivir, persistir, permanecer, durar, conservando la marca de la ausencia y la distancia (…) estas inscripciones – afecciones encubrirán el secreto del enigma de la huella mnemónica: serán el depositario de la significación más disimulada, pero las originaria, del verbo “permanecer”, sinónimo de “durar” (2000. p. 579)

Continuando con su argumentación, el autor hace referencia al estado de latencia del recuerdo, de la impresión primera, partiendo del planteamiento de que reconocer es conocer, y reconocer un recuerdo es reencontrarlo (Ricoeur, 2000). Esta situación es la que nos permite encontrar una relación entre la memoria y el olvido y sus complementos, aunque parecería que hay recuerdos, huellas que no están presentes, que fueron olvidadas, y/o que pueden reconocerse posteriormente y entrar a formar parte de los recuerdos de la memoria viva.

El silencio, representa un acto comunicativo porque no es olvido sino un acto de construcción, en donde asumo una posición frente a lo que necesitamos decir y a lo que no - aunque en algunos casos sea un problema, cuando no es una decisión sino una imposición. En este sentido, Ricoeur hace una reflexión en torno al olvido en relación con la liberación y el cruce que se da entre este, la memoria y el perdón, planteando que hay una frontera entre el olvido y el perdón de cara a la amnistía frente a lo cual propone que “si puede evocarse legítimamente una forma de olvido, no será la del deber de ocultar el mal, sino de expresarlo de un modo sosegado, sin cólera.” (2000, p. 535).

Es desde esta lectura, en donde es posible ubicar los planteamientos de Todorov propuestos en su texto “Los abusos de la memoria”. En ese texto el autor nos pone nuevamente en la lectura en el plano de la no oposición entre memoria y olvido, pero adicionalmente, plantea que la función que tiene la memoria es recordar con un fin, es decir para un uso específico en el presente.

Todorov hace de igual manera referencia a las relaciones de poder presentes en los procesos propios de la memoria y el olvido, mencionando el rol que ocupan los regímenes totalitarios del siglo XX, tanto fascistas como comunistas, en el control y la selección de la información de lo que se debe o no recordar. Según este autor:

> (…) [L]as huellas de lo que ha existido son o bien suprimidas, o bien maquilladas y transformadas; las mentiras y las invenciones ocupan el lugar de la realidad; se prohíbe la búsqueda y difusión de la verdad; cualquier medio es bueno para lograr ese objetivo. (Todorov, 2000, p. 12)

Por otro lado, luego de estas dictaduras se ha dado lo que Todorov denomina “una recriminación por el olvido y un aprecio por la memoria”. Esto nos lleva a un consumo cada vez más rápido de información en el que “la memoria estaría amenaza, ya no por la supresión de información, sino por su sobreabundancia” (2000, p. 15).

Todorov señala que no es posible un restablecimiento integral de la memoria. Resalta que la memoria es ante todo selección y que, en relación con la democracia, le da derecho al ciudadano de conocer y dar a conocer su historia. Sin embargo, aquí vale la pena cuestionarse sobre quién selecciona y más importante aún, saber para qué. Esto es

lo que el autor denomina la distinción “que hay entre la recuperación del pasado y su utilización subsiguiente” (2000, p. 17)

Desde los planteamientos de Todorov la pregunta que valdría hacernos es ¿para qué recordamos? Al respecto él mismo plantea:

> La recuperación del pasado es indispensable; lo cual no significa que el pasado deba regir el presente, sino que, al contrario, éste hará del pasado el uso que prefiera. Sería de una limitada crueldad recordar continuamente a alguien los sucesos más dolorosos de su vida; también existe el derecho al olvido. (Todorov, 2000, p. 25)

Es por esto que un lugar, aunque se llena de presencias, trazos, huellas y recorridos de quienes lo habitamos, también se llena de silencios necesarios y olvidos oportunos; no comunicar no es igual a no habitar. La ‘habitancia’ contempla estos actos de silencio y olvido como caminos para re-construirnos.

En este sentido y siguiendo los postulados de Todorov, apelamos no por una memoria que destruya lo que somos como habitantes del Policarpa, sino por una que nos permita seguir recorriendo caminos comunes. Es decir, una memoria ejemplar que sea potencialmente liberadora (Todorov, 2000, p. 31), constitutiva de la identidad individual y de la identidad colectiva, en la que el pasado esté al servicio del presente y, tanto la memoria como el olvido, al servicio de la justicia.

Mi temor al olvido

> “[A] nosotros ni siquiera nos queda el consuelo de la memoria cuando la realidad se ha ido, ni siquiera nos alienta el poder recordar viejos tiempos, porque un muro de olvido nos separa de todo el mundo, de todo ayer, de toda la otra vida que fuimos cuando fuimos nosotros”
>
> Deudas de olvido

Ahora bien, hay otras formas de olvido que podrían leerse desde lo que Ricouer llama “eliminación de la huella”, lo que viene a ser aquello que ya no se puede recuperar y en consecuencia no se puede volver a comunicar. ¿Qué pasa cuando dejamos de recordar,

cuándo ese marco social que constituyó nuestros anclajes de memoria desaparece? Halbwachs propone que el rol de la persona anciana es el de mantener una cierta continuidad de las tradiciones, transmitiendo a las nuevas generaciones las formas en que las anteriores aprendieron lo básico y crearon formas de comunicarse y de subsistir, formas de hacer. Pero ¿qué sucede cuando ese rol se pierde o no se puede llevar a cabo, cuando el alzhéimer, la demencia o la muerte irremediablemente llegan, a veces con la vejez o el deceso prematuro? Esto, por mencionar solo algunas de las razones que llevan al olvido.

Recientemente escuché un dicho de alguien que dice algo así como: “uno se muere cuando la última persona que lo recuerda se muere”. Eso me hizo pensar en por qué escribir sobre esto. Varias cosas me movieron hacia este tema como mi tesis de grado en comunicación y medios. Una de ellas fue el hecho de ver cómo todo lo que se había escrito del barrio – o al menos a lo que tuve acceso – hablaba solo de su pasado, como si el tiempo se hubiera quedado detenido. Otra, el hecho de empezar a ver cómo, a diferencia de otros años, ya no podía sostener una conversación con mi abuela porque ella ya no recordaba igual. Y, además, como desafío a la pervivencia de la memoria misma, por el hecho de perder a tantos seres queridos durante el proceso de investigación y escritura de esta tesis.

Todos esos hechos me llevaban de la memoria al olvido, en un vaivén de sensaciones que a veces son gratos a veces muy desagradables. Una lucha interna conmigo, con mi familia, con mi entorno. En ese sentido, aunque esta no es una tesis sobre el olvido, sí resalta que este es un elemento que innegablemente está inserto en la memoria colectiva, en la comunicación, en la vida cotidiana, es decir en la habitancia, y permite de alguna manera seguir adelante con la vida misma.

> Nuestra lucha es también una lucha de la memoria contra el olvido: una politización de la memoria que hace una diferencia entre nostalgia, ese deseo por volver a tener algo como lo era antes, una especie de acto inútil, y formas de recordar que sirven para iluminar y transformar el presente. (Hooks: 147 en Oslender, 2005, p.76)

Pensar en el olvido me hacía tratar de comprender los procesos biológicos que llevan al olvido, el alzhéimer, la demencia y la muerte, entendiendo que siempre quedan los

legados. Esta investigación en sí misma reconoce, entonces, que siempre hay algo que se puede recuperar, aunque existan cosas que definitivamente se pierden.

Son muchas las maneras de entender el olvido, pero sobre todo de enfrentarlo, asumirlo, leerlo y sentirlo. Puede ser un olvido liberador, un olvido necesario o un olvido involuntario, silencioso y de alguna manera impuesto. En este aparte hago mayor énfasis sobre mis cuestionamientos y las necesidades que tengo de recordar a los seres queridos que se han ido a causa de la vejez, las enfermedades o la muerte. Retomo el hecho de que ésta es una investigación que nace en mi casa, desde los legados de saberes que he apropiado y que, en consecuencia, me constituyen, que me hacen ser yo y activan todos mis sentidos.

Cuando era niña solía estar en la casa de mi abuela después del colegio ya que ella se encargaba de darme el almuerzo. Luego de hacer tareas me iba a donde estaba cociendo, el oficio que desempeñó desde que puedo recordar, con un helado de los que hacía – que sacaba de una nevera que ya en esa época era vieja – y nos sentábamos a hablar. Siempre me contaba historias de su vida: de cómo la guerra entre “la chusma” y “la chulativa”[23] la habían desplazado y había terminado en Girardot, Tolima, siendo madre soltera de una niña, de cómo conoció a mi abuelo, de cómo llegaron a Bogotá y tuvo 5 hijos más.

También dentro de sus relatos estaba la historia de que se crio con su abuelita en una finca donde abundaba la comida y los animales, que era una consentida y jugaba de un lado a otro, y que no le gustaba mucho obedecer las órdenes que ahí le daban. Aquí sus relatos se hacen confusos pues si bien sus ideas políticas siempre han sido de izquierda, su abuela fue profundamente conservadora, cosa que en muchas ocasiones le salvó

[23] Durante la conocida como la época de La Violencia en Colombia, se forman diferentes grupos denominados bandoleros, “Los bandoleros, también llamados chusmeros por su origen popular (chusma), eran campesinos quienes al principio tenían filiación liberal o conservadora pero que al ser víctimas de La Violencia deciden tomar armas más en cuestión de autodefensa. Otros bandoleros eran ex-policías que tienen el mismo fin y otros eran ex-soldados, sin embargo, estos últimos se adhieren a las fuerzas paramilitares como lo eran los Chulavitas o los Pájaros” (Wikipedia, 2017).

literalmente la vida porque consiguió ayuda de algunas personas para sobrevivir a la violencia – como ella suele decirle.

Como parte de los temas de conversación estaba el de mi tía que no era hija de mi abuelo, una joven que murió siendo joven. Con orgullo mi abuelita me mostraba sus fotos y con llanto me hablaba de ella, miembro del Partido Comunista Colombiano, que al poco tiempo de volver de Rusia falleció. Esta historia mi abuela también la relacionaba con miles de muertes que rodearon la historia de la izquierda política en el país, y con la de dirigentes que traicionaron sus ideales y entregaron la vida de sus compañeros: algo que para ella era indignante.

Cuando hablábamos del Policarpa y del nacimiento del barrio, me decía que a mi abuelo no le gustaba que ella fuera a las manifestaciones. Sin embargo, ella se iba para allá a apoyar a la gente y, aún hoy, en día en medio de su enfermedad y sus ausencias repetidas, recuerda lo que hacían para ayudarse unos a otros. De hecho, los fragmentos de su memoria aún le permiten entonar pequeñas estrofas del himno del barrio. Hoy mi abuela añora el calor de Girardot, la Finca de su mamita y las caricias de sus dos hijas que ya no están.

De las tardes en la casa de mi abuela aprendí muchas cosas, aunque no tantas como las que hoy en día anhelaría debido a que el olvido se va haciendo dueño de sus recuerdos y los propios míos.

Es claro que de nuestras charlas vespertinas no lo recuerdo todo. Pero sí al menos aquello que encuentro en común con mi familia y muchos de mis vecinos; eso que solo nosotros entendemos, aceptamos y comprendemos porque es “nuestro”, así sean vivencias que, aunque ajenas, se hacen propias por el efecto de los relatos. Y es que la memoria, entendida como relato vivo, es cambiante y llena los espacios y vacíos de nuestras mentes de muchas maneras

> La memoria no es un fósil que nos permita la reconstrucción del todo, por una parte: solo tenemos vestigios de viejas características. Se retienen solamente fragmentos, detalles aislados y elementos discontinuos de nuestras representaciones, en donde el espacio cobra sentido. (Franco, 2005)

Ni mi abuela ni yo imaginábamos en aquellos días que esos relatos se irían desvaneciendo. De haberlo sabido tal vez hubiera registrado cada charla y tendría yo, tendríamos todos, un tesoro de valor incalculable. Un tesoro que, sin embargo, seguiría siendo solo un indicio de algo que pasó y que está presente porque no es únicamente la palabra exacta la que hace memoria, sino todas las sensaciones, sabores y olores: el café, el plátano y el pollo cocinado; el arroz con leche y los helados de mora. Una memoria que no es algo mío sino de todos, de mi familia, de mi mamá y su manera de lavar, de mi tía y su forma de cocinar, de mi prima o mi tío y sus maneras de expresarse, y de las nuevas generaciones que adquieren de estos trazos su propia forma de hacer memoria y hacerse a este colectivo.

Mi abuela sigue aquí, aunque a veces parecería que no. No obstante, el barrio es en ocasiones un activador de su memoria y un espacio que la ayuda repentinamente a recordar lo que parece muy lejano. En otras ocasiones no logra recordar nada y solo sonríe. Con todo, sigue siendo ella de mil formas, pues lo poco que queda de su memoria la reinventa día a día y también la salva de ella misma y de los dolores del pasado, evidenciando que no es del todo perverso el olvido.

Como ella, están también presentes quienes se han ido. En efecto, sus huellas siguen haciendo eco en la memoria del colectivo en tanto que la memoria y la reconstrucción de la misma, no trata solo de replicar una práctica, hecho o suceso; también hace parte de un proceso que se liga con las formas de hacer del presente y que orienta las acciones del colectivo hacia el futuro:

> (…) en este sentido va más allá de la reconstrucción de los hechos como datos, o de la recopilación de testimonios que verifiquen una cierta versión, puesto que se ocupa de los significados, es decir, de cómo un evento es vivido y recordado, de las maneras en que los individuos a través del tiempo revisten de sentido y valoran ciertas experiencias y las maneras como estas se preservan y transmiten en la memoria social. (Centro Nacional de Memoria Histórica, 2013, p. 43)

Es por esto que, aunque parecieran opuestos, memoria y olvido se complementan y dan espacio a la creatividad para entender y asumir el pasado y alimentar nuestro presente con proyecciones hacia el futuro. El olvido puede leerse como una oportunidad de hacer, rememorar y transmitir para construir nuevas memorias que se adhieran a las colectivas.

Este es mi caso y en la búsqueda de mi pasado, he entendido nuestro presente como barrio, como familia y como colectivo. Desde el miedo al olvido total he aprendido del recuerdo de quienes me rodean y de la necesidad de reinventarnos.

> Al recordar, los seres humanos, consciente o inconscientemente, resaltamos de una multiplicidad de hechos, aquellos que dejan huella en nuestras vidas por lo significativos que resultaron. La dimensión social de la memoria reconoce que el recordar no es pasivo, ni un hecho puramente sicológico o natural, sino un acto de recreación del pasado en el presente, un proceso social y cultural donde el recuerdo y el olvido, en tanto prácticas opuestas pero complementarias, constituyen las dos operaciones que la renuevan continuamente (Portelli, 1990; Riaño, 1996 en Centro Nacional de Memoria Histórica, 2013, p. 43).

El alzhéimer de mi abuela, la enfermedad que se llevó a mis tías, las muertes de los líderes del barrio y las migraciones que siguen siendo constantes en este espacio, implican cambios que si bien traen consigo olvidos y rememoraciones, también me plantean preguntas sobre el futuro y las formas en que las nuevas generaciones empiezan a entender este marco social de memoria que es el barrio Policarpa. Sin embargo, la pregunta de hasta dónde se mantendrán los tejidos es algo que no podré responderme aquí, aunque seguirá latente en mis propias reflexiones.

¿Y si desaparece el lugar?

Finalmente, en esta reflexión acerca del silencio y del olvido entra a jugar como elemento clave los cambios en los lugares y las huellas que están ahí. ¿Qué sucede cuando el barrio deja de ser ese vecindario de casas cercanas y tiendas; cuando las arepas de la esquina y las ventas de mercados campesinos en medio de la calle se insertan dentro del centro comercial; cuando las casas dejan de ser casas y se convierten en industrias?

Algunos de estos cambios ya han sido evidentes en el barrio Policarpa como lo evidencian algunas de las fotos antes expuestas y otras que se verán a continuación. Sin embargo, los cambios van más allá. La sobrepoblación a la que han llegado las ciudades ha llevado a tomar diferentes determinaciones en materia de política pública las cuales implican asumir el territorio y la planeación sobre el mismo de manera diferente, apelando al desarrollo de viviendas multifamiliares que concentren en un mismo espacio industrias, familias, centros de educación y de salud. Estos espacios, aunque necesarios,

cambian las formas de asumir el barrio. Las normas urbanas bajo las cuales se debe habitar hoy la ciudad están mediadas por nuevas necesidades en el uso del espacio:

> (…) diferentes constructores venden la idea del conjunto cerrado, en ellos se supone que una junta administradora rige unas lógicas de convivencia en las que prima el bienestar y la tranquilidad de los moradores. Allí es controlado el acceso a visitantes, no se permite el uso comercial de la vivienda, es restringida la vida nocturna, se promueve una individualidad respetuosa del vecino y se impone una relación distanciada tanto con el espacio como también con los otros residentes. (Quintero, 2009)

Lejos de querer hacer una evaluación acerca de las bondades o perjuicios – o incluso las necesidades - de estos nuevos modelos, quisiera introducir a esta reflexión la cuestión de cómo se afectan los procesos de construcción de memoria colectiva cuando cambia el lugar donde ella se "sitúa". Esto porque, como ya lo habíamos referido antes, los lugares son escenarios en permanente construcción que median entre las personas y sus procesos de construcción de memoria a través de prácticas comunicativas

> El espacio juega un papel primordial (…) posibilita la relación entre los individuos y su medio (…) Los espacios fijos permiten y aseguran la continuidad de un grupo. Cuando un grupo humano vive mucho tiempo en un lugar se adaptan sus hábitos a este: no solamente sus movimientos, sino sus pensamientos, maneras de ser y de hacer (Franco, 2005)

El barrio, como marco social y territorio de memoria, se inserta en estas lógicas. Sus espacios físicos son elementos cargados de emociones y sensaciones, que dan cuenta de las relaciones entre vecinos y de estos con las calles, cuadras, paredes y tiendas. De ahí que los lugares dentro del barrio devienen testigos vivos de todos los movimientos que allí se generan. Las fotografías dan cuenta de estos cambios al igual que los relatos de los habitantes del Policarpa, quienes mezclan y contrastan la nostalgia de lo que ya no está, con las emociones y sensaciones de lo que significan los nuevos lugares.

Foto 3 - 1**: [Fotografía sin título]**

(N/D). Barrio Policarpa, Bogotá, Colombia. Recuperada del grupo de Facebook: Policarpa Histórico II. En esta fotografía se evidencia el proceso de ocupación del terreno que tiempo después será el barrio.

Foto 3 - 2**: "La tercera"**

Ríos, D. (2014). “Sinfonía de Ciudad - Barrio Policarpa”, Bogotá, Colombia

Las lógicas de las ciudades han variado y, así mismo, las relaciones familiares, comunitarias y humanas en general. No obstante, seguimos construyendo espacios y dejando en nuestros recorridos las huellas, trazos y fragmentos que comunican nuestro caminar.

Los cambios en el territorio del barrio van dejando huellas que dan cuenta de nuevas costumbres que se insertan en las antiguas, de nuevos espacios que se mezclan con los que ya estaban instalados, y de nuevos y nuevas habitantes que transitan por los espacios del barrio y la misma ciudad

> El barrio construye su propia historia en los cambios físicos. A partir de ellos es posible rastrear el movimiento migracional, los cambios económicos, las crisis, los momentos de prosperidad, el valor de la familia, las relaciones con la clase política, la protección institucional, las situaciones de guerra y las condiciones generales del devenir de pobladores y organizaciones barriales (Quintero, 2009)

Es posible decir entonces que la construcción de espacios entendida como acción de habitarlos, tiene en consideración estos cambios para insertarlos en las prácticas de comunicación que nutren la memoria de colectivo. De la misma manera lo hacen el silencio y el olvido, aspectos muchas veces necesarios para salvarnos, re-pensarnos, re-inventarnos y hasta sacudirnos – como lo hizo mi encuentro con el olvido que dio como resultado esta tesis –. La comunicación, como acto cotidiano de acción, genera procesos de “incomunicación” que se hacen necesarios y que luego pueden, o no, transformarse en prácticas cotidianas en el habitar de los territorios.

Por ahora el “Poli” o el “Pola” continúa siendo un escenario de encuentros en la calle, de urbanidad y ruralidad, de olores, sabores y sensaciones populares mezcladas con el comercio textil, las grandes industrias de este mercado, carros, casas, casetas. Olor a asado y a vecindad. Sigue y seguirá siendo mi casa, aunque haya lugares que ya no reconozca pero que, sin duda, no dejaré de relacionar con mi pasado.

IV. Conclusiones

Más que conclusiones, estas son reflexiones que surgen de este primer proceso que finalmente está abierto a que se retro-alimente, se re-construya y se re-invente a partir dela construcción de conocimientos colectivos. Pues desde esa lógica nació y es como debe permanecer.

La inquietud por la memoria surge de los cuestionamientos de mi propio pasado que nacen en los funerales, en los pasillos de los hospitales y en las respuestas ausentes de mis seres queridos ¿quién iba a contar luego su historia?, ¿cómo íbamos a rescatar lo que se estaba yendo?, ¿quién podría atesorar la vivencia de quienes ya no estaban? En medio de la angustia y el terror al olvido, encontré el camino que me llevó a pensar en esta tesis, no como una solución a las pérdidas inevitables del tiempo, sino como una forma de encontrar caminos hacia el pasado y navegar el dolor de las ausencias.

Acercarse a la memoria como práctica comunicativa, a la comunicación como acto memorable y al habitar como vivencia, supone desde el principio intentar abordar la diversidad de lo que significan y son las relaciones humanas en su conjunto. Este trabajo, más que ser un requisito para ser magíster en comunicación y medios, buscó desde el principio desempolvar los recuerdos, entrar en los recorridos e, incluso, de manera pretenciosa, descifrar las 'habitancias' mías y del Policarpa, a través de las formas de actuar y relacionarse con el espacio que tienen algunos de sus habitantes.

De esta manera, tuvo como objetivo acercarse a conocer, descifrar y entender, prácticas cotidianas - comunicativas - que se desarrollan en un territorio particular y empiezan a generar eco en las memorias de quienes habitan el barrio, que son a la vez receptores, constructores, re-creadores y escultores del pasado, y que están buscando encontrar formas creativas para asumir el presente y proyectarse hacia lo incierto que hemos denominado futuro. Es decir, busqué explorar aquello que podríamos denominar como

‘habitancia’, concepto que queda abierto y merece una exploración y desarrollo posterior, pues desde éste es posible analizar, o si se quiere comprender desde otros sentidos, las formas de acción de quienes caminamos las ciudades u otros territorios.

Las herramientas con las cuales contó esta investigación fueron fundamentalmente las entrevistas. A través 11 encuentros, 11 espacios de conversación con familiares, amigos y personas vecinas, fui encontrando en el relato los recuerdos amarrados a las nostalgias, las pasiones, las alegrías y las tristezas: Los encuentros con el pasado de los habitantes del barrio Policarpa Salavarrieta. La metodología implementada fue de carácter cualitativo que buscando indagar por la vida de las personas que habitan el barrio “apuntó al manejo del método biográfico, específicamente a los relatos de vida de los sujetos” (Franco, 2005).

En este sentido, esta metodología buscó resaltar el valor de la oralidad y las comunicaciones cara a cara, encontrando en las diferentes conversaciones las relaciones que han venido desarrollando quienes habitan cotidianamente el barrio (porque viven ahí, trabajan o son transeúntes ocasionales) con este territorio.

La manera en que está metodología se aplicó estuvo enfocada en identificar primero personajes del barrio, el criterio principal es que tuvieran una relación directa con el barrio: quienes viven allí, quienes trabajan a diario en este lugar, quienes hicieron parte de la invasión de manera directa o indirecta. Este proceso se hizo de manera aleatoria, aunque busqué que los rangos de edad fueran amplios y así identificar los cambios (o lo que no cambia) presentes en las memorias de diferentes generaciones. Luego, con cada una de estas personas hice una “entrevista” o mejor una conversación abierta en la cual las personas identificaron los rasgos principales para cada uno de ellos relacionados con el barrio; estas conversaciones se revisaron y clasificaron encontrando puntos comunes como: personas, relaciones comerciales, proceso de invasión, lugares específicos. Una vez hice esta identificación de puntos comunes y distantes, a partir de la teoría sobre memoria colectiva, el concepto de marcos sociales y en particular el de habitancia – que entró en el radar de esta investigación de manera posterior pero que sirvió como cohesionador de las ideas –, empecé a desglosar los relatos en los fragmentos aquí expuestos en un diálogo con los autores y mi voz.

Sin embargo, creo que, como mecanismo para encontrar algunas respuestas, la herramienta de los mapas y a partir de estos la construcción de “cartografías de memoria”, es un trabajo que queda por explorar y que podría encontrar en el escenario de los barrios populares un lugar propicio para contar la historia de Bogotá y otras ciudades desde la perspectiva de quienes la habitamos. En esto, el trabajo de los iconoclasistas, tiene un valor innegable y un camino ya construido que tiene mucho potencial de trabajo.

De igual manera, queda el reto de hacer de este trabajo un elemento que supere las barreras del papel y de las bibliotecas. Un producto que esté a disposición de los habitantes del Policarpa y que sirva como vehículo hacia sus recuerdos, una huella o camino de huellas. Esto con el fin de que sirva como dispositivo de memoria, que ayude a llenar espacios vacíos en las memorias de otros. Queda abierta la invitación a hacer un proceso colectivo que desde la construcción de mapas de memoria aporte un producto mayor a los habitantes del territorio.

La memoria colectiva como proceso permanente y cotidiano siempre tendrá espacio para la investigación, creación y revisión de sí misma, así como para la comunicación y las prácticas en el territorio. Este trabajo es una minúscula pieza de ese enorme rompecabezas y, aunque narra 11 encuentros con cerca de 20 personas, somos nosotros apenas una pequeña parte del enorme tejido de las memorias alrededor del Pola.

En este sentido, este trabajo fue una apuesta y una propuesta que buscó abrir un nuevo sendero para intentar dilucidar en el barrio - el “Poli” - lo que queda del pasado, y cómo se abre camino en el colectivo que allí permanece. También, en esta lógica, pretende ver el barrio como espacio vivo y en permanente construcción y recreación de experiencias y vivencias que hacen o deshacen memorias. El barrio más allá de sus inicios comunistas que son una base histórica fundamental, es decir, el Policarpa pensado desde su ‘habitancia’ en la actualidad: formas de construir este espacio hoy con las connotaciones del territorio, definidas por el comercio de textiles, los cambios en la infraestructura de las fachadas y en general la presencia de nuevas generaciones.

De otro lado, aunque se habló acerca de la memoria individual y colectiva como elemento que construye sociedades, no se profundizó en un aspecto importante que se relaciona con este proceso y es la construcción de identidad. Esta parte de la investigación queda abierta, como una invitación para encontrar qué es lo que define a los habitantes del Policarpa y qué significa serlo en términos identitarios yendo incluso más allá: las relaciones entre la memoria, la comunicación y la identidad en términos de ‘habitancia’.

Una conclusión personal de este proceso está relacionada con el olvido. Posiblemente es aventurado decir que ese temor inicial - que es el que da origen a esta tesis- se fue. Sin embargo, sí es necesario decir que el análisis del olvido y del silencio como parte del proceso comunicativo y de construcción de memoria, entendidos como necesarios para la misma, generó un acercamiento al tema no desde el temor a la discontinuidad sino desde las posibilidades que como elementos formativos tienen para dar continuidad.

Ahora bien, esta lectura, particularmente sobre el silencio tiene un correlato negativo, si se puede dar un calificativo de valor, en el sentido de que es un instrumento que ha sido usado en sociedades como la colombiana para posicionar determinados discursos que invisibilizan procesos y colectividades. En un escenario de construcción de paz, este será uno de los aspectos a vencer: la imposibilidad de hablar por temor, el refugio en el silencio (no solo de las víctimas sino de la sociedad: adormecida, dormida y en sí mismo, silenciada); es decir, el silencio impuesto. Aquí está uno de los retos para estas generaciones, como pasamos del silencio a las comunicaciones para la paz.

Finalmente, creo que los procesos de renovación urbana merecen un análisis a la luz de los conceptos aquí desarrollados. En lógica de ‘habitancia’, las ciudades siguen siendo el centro de recepción de grandes masas poblacionales y necesitan de formas organizativas más precisas, que respondan a las necesidades que estas migraciones han creado. No obstante, esto no puede pasar por encima de lo que como colectivos los habitantes de los barrios hemos creado, y es por esto que la renovación de las urbes no puede hacerse sin participación efectiva. Si se piensa como un proceso impuesto, es entonces un ataque a las tradiciones, a las formas de habitar y de comunicar y a la memoria del país como colectivo.

Bibliografía

Aravena, R (2003). El rol de la memoria colectiva y de la memoria individual en la conversión identitaria mapuche. Estudios Atacameños, (26), 89–96. http://www.jstor.org.ezproxy.unal.edu.co/stable/25671218

Ares, P y Risler, J (2012). Iconoclasistas. Manual de Mapeo Colectivo. Recursos cartográficos críticos para procesos territoriales de creación colaborativa. https://issuu.com/iconoclasistas/docs/manual_de_mapeo_2013

Bolívar, A (2002). "¿De nobis ipsis silemus?": Epistemología de la investigación biográfico – narrativa en educación. Facultad de Ciencias de la Educación Universidad de Granada. Campus Universitario de Cartuja, Granada, España.

Bolívar A. y Domingo J. (2006). La investigación biográfica y narrativa en Iberoamérica: Campos de desarrollo y estado actual. Forum: Qualitative Social Research, Vol.7, No 4 (2006). http://www.qualitative-research.net/index.php/fqs/rt/printerFriendly/161/357

Botero, M. E. (2011). Cincuenta años del barrio Policarpa Salavarrieta. Colombia: Impresol Ediciones.

Campos M., y Luis; López G. (2004). Identidad y memoria urbana. Recuerdo y olvido, continuidades y discontinuidades en la ciudad. En: Revista de Urbanismo, Nº10, Santiago de Chile, publicación electrónica editada por el Departamento de Urbanismo, F.A.U. de la Universidad de Chile, junio 2004, I.S.S.N. 0717-5051
http://web.uchile.cl/vignette/revistaurbanismo/CDA/urb_completa/0,1313,ISID%253D488%2526IDG%253D2%2526ACT%253D0%2526PRT%253D11429,00.html

Cardona, R. (2010). Estudio de un barrio de invasión. Revista de la Universidad Nacional (1944 - 1992), núm. 2 (1968), págs. 151-170.

Central Nacional Provivienda (1983). El Movimiento de los Destechados en Colombia. Bogotá.

Centro Nacional de Memoria Histórica (2013). Recordar y narrar el conflicto. Herramientas para reconstruir memoria histórica. https://www.centrodememoriahistorica.gov.co/descargas/informes2009/recordar-narrar-el-conflicto.pdf

Contreras, M (2015). MEMORIAS. Historias de barrios contadas por sus habitantes. Facultad de Arquitectura y Urbanismo. Universidad de Chile.

De Certeau, M (1996). La invención de lo cotidiano: Artes de hacer. México: Universidad Iberoamericana.

De Certeau, M., Giard, L., y Mayol, P. (1999). La invención de lo cotidiano. Habitar, cocinar. México: Universidad Iberoamericana.

Franco, J (2005). Tejiendo en la memoria y reinventando el porvenir: Proyectos de vida en barrios populares. Universidad Nacional. Maestría en Antropología.

García López, N. (2003). Reseña de "La invención de lo cotidiano" de Michel de Certeau. Athenea Digital. Revista de Pensamiento e Investigación Social. http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=53700422

Gómez, A. (2014). ‘Habitancias’ estéticas urbanas en el barrio San José de Manizales. Comunicación y Humanidades. Universidad de Manizales. http://revistasum.umanizales.edu.co/ojs/index.php/filodepalabra/article/viewFile/1015/1127

Gómez, Ramírez y Peláez (1985). El barrio en Medellín: La vigencia de un concepto. Centro de Investigaciones Arquitectura. Universidad Nacional – Medellín.

Goyes, J. (2002). Pedagogía de la oralidad. Universidad Nacional Abierta y a Distancia UNAD, Bogotá.

Halbwachs, M (1968). La mémoire collective. París, PUF (Capítulo Memoria Colectiva y Memoria Histórica. Traducción en REIS 69/65 Pp. 209-219). http://ih-vm-cisreis.c.mad.interhost.com/REIS/PDF/REIS_069_12.pdf

Halbwachs, M. (2004). Los marcos sociales de la memoria. Anthropos.

Hoggart, R. (1957). La cultura obrera en la sociedad de masas. México: Editorial Grijalbo S.A.

Jelin, E. (2002). Los trabajos de la memoria. Madrid: Siglo XXI de España Editores, S.A.

Manero, R., y Soto, M. (2005). Memoria colectiva y procesos sociales.

Martín-Barbero, J. (1998). De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía- Tercera parte.

Mateo, M. (2003). La cultura de la memoria. Pasajes, (11), 60–65. http://www.jstor.org.ezproxy.unal.edu.co/stable/23075558

Medialab Prado. (2014). Medialab Prado Comunidad. http://comunidad.medialab-prado.es/es/proyectos/memoria-y-relatos-del-barrio-de-las-letras

Mendoza, J. (2004). Las formas del recuerdo. La memoria Narrativa. Athenea Digital Número 6 (otoño 2004). http://www.raco.cat/index.php/Athenea/article/view/34157/33996

Olick, J. K., & Abásolo, O. (1998). Memoria colectiva y diferenciación cronológica: historicidad y ámbito público. Ayer, (32), 119–145. http://www.jstor.org.ezproxy.unal.edu.co/stable/41324819

Ortiz, S. (1990). Historia y cultura popular: Estudio del barrio Policarpa. Bogotá: Facultad de Antropología - Universidad Nacional de Colombia.

Oslender, U. (2005). Tradición oral y memoria colectiva en el Pacífico colombiano: hacia la construcción de una política cultural negra. Guaraguao, 9(20), 74–104. Recuperado de: http://www.jstor.org.ezproxy.unal.edu.co/stable/25596448

Oviedo, A. (2012). Memoria y luchas urbanas. Por el derecho a una vivienda digna. Historia de vida de Mario Upegui.

Patiño, O. (2011). El barrio Policarpa Salavarrieta: Donde las mujeres defienden a los hombres.

Pérgolis, J; Moreno, D; Orduz, L; y Velásquez, J. (1999). Reflejos, fantasmas, desarraigos. Bogotá Recorrida. Bogotá: Instituto Distrital de Cultura y Turismo Arango Editores.

Quintero H (2009). Más de uno: La vida cotidiana en el barrio popular. Universidad Tecnológica de Pereira.

Ramírez, P (2012). Proyecto Ciudad Salud – Bogotá D.C. – como nodo urbano articulador: Análisis desde la prospectiva territorial. Maestría en Planeación Urbana y Regional. Facultad de Arquitectura y Diseño. Pontificia Universidad Javeriana. http://repository.javeriana.edu.co/bitstream/10554/2046/1/RamirezNobileAndreaPaola2012.pdf

Ricoeur, P. (2000). La memoria, la historia, el olvido. Buenos Aires.

Rodríguez, O y Herrera O. (2013). Enseñanza de la historia, a partir de la reconstrucción histórica del barrio Nuevo Chile. Trabajo de grado. Línea de Proyecto Pedagógico Investigación y Enseñanza de la Historia. Universidad Pedagógica Nacional. Bogotá. http://repositorio.pedagogica.edu.co/xmlui/bitstream/handle/123456789/322/TE-16419.pdf?sequence=1

Salas, P. A. (1998). “Policarpa. En una noche amanecía un barrio” en Salas, P. et al (1998). Bogotá historia común: trabajos ganadores, II concurso de historias barriales y veredales.

Saldarriaga, A. (N/A). Valor testimonial de las tradiciones urbanas y arquitectónicas como presencia de la historia en la cultura colectiva.

Salgar, D. (24 de enero de 2011). Las luchas del Policarpa.

Sanabria, L. (2010). La ciudad del error. Una aproximación a las dinámicas de legitimación de los pobladores del barrio de invasión Juan XXIII.

Todorov, T (2000). Los abusos de la memoria. Buenos Aires: Ediciones Pardo Ibérica S.A.

Torres, A. (1999). Barrios populares e identidades colectivas. Serie Ciudad y Hábitat. No.6

Torres Tovar, C (2009). Ciudad informal colombiana. Barrios construidos por la gente. Grupo de Investigación Procesos Urbanos en Hábitat, Vivienda e Informalidad. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia. Facultad de Artes. http://www.facartes.unal.edu.co/otros/libros_habitat/ciudad_informal.pdf

Unidad de Maya Vial (2013). Crónicas De La Calle. “En un lugar de Policarpa donde cayeron los santos”. http://cronicasdelacalleumv.blogspot.com.co/2013/05/en-un-lugar-del-policarpa-donde-cayeron.html

Upegui, S. (20 de enero de 2011). El Policarpa Amanecía un barrio.

Villalobos, P. A. (2011). Cambios en las prácticas de la acción colectiva en las organizaciones comunitarias, debidos a la consolidación urbana en los espacios barriales de origen ilegal en Bogotá.

Zapata, F. (1 de agosto de 2011). 50 años del Policarpa.